

junio 2020 no.1



Fundación
conversación

LECCIONES SOBRE EL
COVID-19

ÍNDICE

EL SIGLO DE LAS INCERTIDUMBRES	5	¿ES JUSTIFICABLE LA DISCRIMINACIÓN ESTADÍSTICA (BASADA EN LA EDAD)?	25
		Borja Barragué - Profesor de Filosofía del Derecho en la UNED.	
EDITORIAL	7	RUIDO	27
Fundación Conversación		Roberto Inclán - Editor y analista de política alemana.	
DILEMAS ENGAÑOSOS	8	IMPERFECTA E IMPRESCINDIBLE	29
Manuel Álvarez Tardío - Catedrático de Historia del Pensamiento y los Movimientos Sociales y Políticos.		Belén Becerril - Profesora de la Universidad CEU San Pablo. Subdirectora del Instituto de Estudios Europeos del CEU.	
LA CULTURA DE LA AGITACIÓN EXAGERA SUS ASPAVIENTOS PARA DISIMULAR SU IMPOTENCIA	10	EL COMPÁS JONDO DE CADA DÍA	31
Entrevista hecha por Antonio García Maldonado para Fundación Conversación		Ricardo Franco - Director de la Editorial Nuevo Inicio.	
JORGE FREIRE: Filósofo y escritor		EL CONTRASTE DE LA PANDEMIA. RADIOGRAFÍA DEL MALESTAR.	34
CONVERSACIÓN	13	Antonio García Maldonado - Consultor y ensayista.	
Ángel Rivero - Profesor Titular CCPP UAM		CUIDADOS CON CUIDADO	36
EUROPA COMO SOLUCIÓN... Y COMO PROBLEMA	15	Juan Carlos Rodríguez - Investigador de Analistas Socio-Políticos, Gabinete de Estudios.	
David Jiménez Torres - Profesor, investigador, articulista y escritor.		ANTE LA CRISIS QUE VIENE, ACERTAR EN LAS REFORMAS NECESARIAS.	39
UN CLAMOR SE ESCUCHA EN RAMÁ	17	Josep M.ª Castellà Andreu - Catedrático de Derecho Constitucional, Universidad de Barcelona. Presidente del Club Tocqueville.	
Mario Colleoni - Historiador del arte y escritor		ENTRE EL DESEO PERSONAL Y LA REALIDAD DEL PODER: POPULISMO Y COVID-19	42
ENTRE CÍNICOS Y REBELDES	19	Juan Pablo Serrá - Profesor de Humanidades y Política en la Universidad Francisco de Vitoria y la Escuela de Liderazgo Universitario.	
Adriano Dell'Asta - Profesor de Lengua y Literatura Rusa en la Universidad Católica de Milán y Brescia, Vicepresidente de la Fundación Cristiana Rusia, miembro de la Academia Ambrosiana.		LA DERECHA ESTANCADA	45
SABEMOS LO QUE NOS PASA	21	Armando Zerolo Durán - Profesor de Filosofía Política y del Derecho USP-CEU. Presidente de Fundación Conversación.	
Ramón González Ferriz - Periodista.			
UNA TRAICIÓN ESPERANZADA	23		
Daniel Capó - Escritor, columnista, crítico literario, ensayista público.			

EL SIGLO DE LAS INCERTIDUMBRES



Los atentados del 11-S provocaron una incertidumbre política y un nuevo tipo de guerra asimétrica, con fronteras difuminadas y equilibrios geopolíticos nuevos; la crisis financiera de 2008 provocó una incertidumbre económica y una desconfianza generalizada en el sistema; y en 2020 estamos pasando por una crisis sanitaria que tendrá efectos importantes en el ámbito cultural, económico e institucional.

Las épocas en las que las creencias compartidas se debilitan son épocas de voluntarismos políticos y movimientos de masas. Son momentos de inestabilidad porque las personas no saben bien a qué atenerse, se duda de unas instituciones que no responden bien a la necesidad de cambio, se duda de las personas porque surge la desconfianza, y se pierde la esperanza porque el futuro se vuelve algo amenazador.

No obstante, estas épocas como la nuestra también lo son de esperanza y de oportunidades. Empiezan a aparecer nuevas iniciativas, análisis agudos que apuntan hacia las fuentes de creatividad, respuestas inteligentes a los problemas nuevos, y nuevas formas de representación y liderazgo. No vivimos solo en una época de amenazas o de pérdidas, sino que se están abriendo ante nuestros ojos nuevas formas de relaciones personales y laborales, equilibrios internacionales diferentes, diálogos y reacciones artísticas y culturales cargadas de originalidad, y un sinfín de iniciativas de enorme valor.

Desde la Fundación Conversación pensamos que esta época exige un esfuerzo intelectual serio y riguroso por detectar las grandes preguntas que subyacen en el fondo de los cambios que percibimos y exponerlas al público para que se desarrolle un diálogo constructivo. Estamos convencidos de que nuestra mayor responsabilidad pasa en estos momentos por ofrecer razones del cambio que aquieten nuestra sed de comprender, para que la incertidumbre se convierta en esperanza y nuestras acciones sean constructivas.

En este periodo de aislamiento en el que las conversaciones presenciales no son posibles, hemos querido ofrecer públicamente la oportunidad de un diálogo con algunos de nuestros colaboradores, todos ellos importantes analistas, para que a lo largo de unos meses nos acompañasen con sus juicios de fondo. Ahora publicamos el fruto de estas colaboraciones que, reunidas, forman el corpus de un pensamiento rico, transversal y propositivo.

Víctor Pérez Díaz ha teorizado en numerosas ocasiones acerca del ruido mediático que intoxica la conversación pública. Los bulos, el exceso de datos que recibimos y la propia incapacidad para elegir de quién queremos fiarnos, contribuyen a una intoxicación del debate. En esta situación que no es de desinformación, sino de sobreinformación, es imprescindible, en primer lugar, recuperar la perspectiva y, en segundo lugar, saber detenerse allí donde uno reconoce su desconocimiento.

Si observamos lo que está sucediendo y lo hacemos sin un ánimo partidista podemos ver a un Gobierno que hace lo que puede y que se desenvuelve bastante mal gestionando problemas concretos. Desde el principio fue un Gobierno que nació con la gran dificultad de que las partes que lo integraban no se deseaban mutuamente, y así lo declaró Pedro Sánchez en repetidas ocasiones. Un Gobierno que multiplicó Ministerios de trampantojo para satisfacer cuotas de poder y de imagen, pero que no estaban pensados para responder a problemas concretos ni ocupados por los más capaces.

La respuesta a la crisis fue lenta y ha multiplicado exponencialmente los efectos del virus. La miopía del Gobierno para entender la situación y responder pronto merece ser estudiada con detenimiento. Se puede entender que se debe a un Gobierno inútil e ideologizado que solo se interesa por las cuotas de poder, pero una simplificación de esta naturaleza solo nos impediría ver que el desmembramiento del Estado y las políticas nacionalistas a lo largo de cuarenta años han convertido a la Administración en un monstruo con pies de barro. El ejemplo más sangrante lo encontramos en el Ministerio de Sanidad, incapaz de recibir datos fidedignos de contagios y muertos. No es que el Gobierno mienta siempre, es que tenemos un Estado al que hemos dejado ciego y sordo, y ahora le pedimos que corra y llegue pronto sin tropiezos. Pero también el Ministerio de Educación

ha resultado poco operativo y ha generado mucha inseguridad. Tenemos un modelo que ni delega realmente en las Comunidades Autónomas, ni apuesta por una centralización. Nuestro modelo regional se encuentra en una indefinición insostenible fruto de componendas a lo largo del tiempo y solo ha conseguido sobrevivir gracias a la inercia histórica, pero el así llamado "problema catalán", y ahora el COVID-19, muestran la urgencia de una revisión.

Al lado del Gobierno, pero en la otra orilla, se encuentra una oposición igualmente desubicada que se debate en una crisis ideológica interna y que, dividida, pugna por mostrar cuál es más auténtica. Una oposición que se opone para definirse y que se preocupa más por la imagen que quiere dar que por los problemas concretos con los que debe colaborar. No hemos visto una oposición que tenga la autoridad para corregir al Gobierno con sensatez, ni para apoyarle cuando ha debido hacerlo. En los últimos años se limitó a un discurso institucionalista que se escondía en el formalismo jurídico para evitar tomar decisiones sobre el sentido y significado de la política. Por un lado acusaba a la "izquierda" de salirse del marco constitucional, lo cual no es cierto, y por otro se resistía a tomar decisiones de fondo. La desatención de la derecha española al sistema educativo, al modelo territorial del Estado, al sistema sanitario, la cultura, o al problema del cuidado de los más vulnerables ha dejado en manos de los socialistas la definición del contenido material de nuestra vida en común. La derecha debe asumir con serenidad su mendicidad ideológica y revisar sus ideas a la luz de la experiencia colectiva que estamos viviendo. Esto le permitirá ser leal con el Gobierno sin desdibujarse y sin desatender sus obligaciones de crítica y corrección al poder.

Tenemos una sociedad mucho más sana de lo que podría parecer. No es cierto que "tenemos lo que nos merecemos", porque ni lo que tenemos es tan malo, ni nosotros somos lo

que decimos ser. Esta forma de vernos es parte del pathos típicamente español y de un "neo-regeneracionismo" al que le encanta predicar las miserias patrias. El español parece recrearse en el nacional-masochismo y esto le impide ver lo valioso que tiene ante sí. El pueblo español en su conjunto está demostrando ser uno de los pilares más sólidos sobre los que construir la política de los próximos años. Vemos una sociedad que no está dispuesta a claudicar ante ninguna tentación autoritaria, que exige libertad de prensa, que critica las ineficiencias y que comenta al minuto los Decretos del Gobierno provocando rectificaciones inmediatas. Una sociedad que tiene buen gusto y criterio para aplaudir y señalar las acciones generosas, heroicas y solidarias de los demás, que aprecia los gestos de unidad y de colaboración y que, en su conjunto, rechaza la crispación y el odio. Hemos visto una sociedad que, tan solo un mes después de los debates sobre la eutanasia, ha demostrado querer hacer un sacrificio enorme por los ancianos. Estamos viendo también una preocupación general por nuestros muertos y un cuidado exquisito por conservar los cuerpos. A pesar de la dureza de las imágenes de las morgues, los cuerpos están ordenados, con su nombre, un ataúd, y una enorme dignidad. ¿Por qué damos por supuesto que no se hayan hecho fosas comunes y que se no se hayan hacinado los cuerpos? Todavía valoramos a nuestros mayores, reconocemos la dignidad del cuerpo y la necesidad de velarlo, lo cual es signo de una gran altura cultural.

Valga esto como ejemplo de que quizás lo que en verdad nos pase a los españoles es que no sabemos observar y que, por vicio nacional, criticamos lo que tenemos, y solo defendemos lo que ya hemos perdido.

Hay una crisis grave que lo sacude todo, pero esto no debe distraernos del debate esencial en este momento. Debemos centrarnos en la duración del estado de alarma y en

la teleología de las medidas económicas excepcionales, que deben ser transitorias y orientadas a fines precisos para que no se hagan estructurales. La economía debe volver a tener pulso, y si eso se produce en un plazo compatible con la supervivencia de las familias, el debate será agrio e intenso, pero pasajero.

DILEMAS ENGAÑOSOS

MANUEL ÁLVAREZ TARDÍO

Catedrático de Historia del Pensamiento y los Movimientos Sociales y Políticos



La época contemporánea no es terreno propicio para el acuerdo entre los historiadores. Sin embargo, hay un aspecto difícil de negar salvo que se ignoren multitud de datos y indicadores: durante la segunda mitad del siglo XX el Estado cambió radicalmente, hasta convertirse en una maquinaria tan grande y compleja que su funcionamiento contribuyó, para bien y para mal, a modificar radicalmente la vida de los europeos occidentales.

No es una opinión, sino un hecho. El Estado es, tal vez, el mayor protagonista de la revolución política de la segunda mitad del novecientos. Y este hecho no es, como pudiera pensarse, una consecuencia de la preponderancia de eso que llamamos izquierdas. Aunque a veces se hable de un "consenso socialdemócrata" de posguerra, la puesta en marcha de una política de redistribución fiscal, con el aumento exponencial del papel de lo público en la educación, la sanidad o la protección social no fueron el resultado de un plan de reconversión del

socialismo marxista en socialismo democrático. Esto último, de hecho, ocurrió unos cuantos años después y fue la consecuencia, que no la causa, de la reestructuración de los Estados y las Haciendas. Los democristianos y otros grupos conservadores jugaron un papel tanto o más decisivo. No en vano, el padre del famoso informe Beveridge, que revolucionó la política asistencial británica de posguerra, no era ni de lejos un marxista. Y no es casualidad, por otra parte, que una de las características centrales del poderoso Partido Popular Europeo haya sido la llamada "economía social de mercado".

Sin embargo, parece que en el centroderecha español hay quienes, consciente o inconscientemente, llevan un tiempo alentando una inquietante confusión sobre la relación entre sociedad y Estado. No son los únicos. En parte, es la consecuencia de la llamada crisis del Estado del bienestar a partir de la década de 1970. Y de la inyección de optimismo que produjo la caída del Muro y la ilusión de un consenso liberal postideológico. Además, con no poca justificación, los años noventa fueron terreno abonado para la recuperación de la confianza en la iniciativa individual y la importancia de mejorar la competitividad destruyendo monopolios ineficientes y caros controlados por el Estado. Y con resultados claramente positivos.

Pero el Estado sigue ahí; nunca se fue. No será el empresario monopolista e ineficaz de los sesenta y setenta, pero es una parte capital de las sociedades contemporáneas. Se olvida a menudo que el Estado no es sólo un proveedor, más o menos eficaz, de educación, sanidad y pensiones. Es, por encima y antes que eso, una maquinaria de gestión y control basada en cientos de miles de regulaciones, además del administrador del orden y la justicia en el espacio de lo público. En esto, el siglo XX lo cambió todo. Los Estados anteriores a la Primera Guerra Mundial eran pequeños, muy pequeños y muy

poco presentes en la vida cotidiana. Y no sólo eso, también eran, aunque no todos por igual, relativamente ineficaces. Ni la tecnología, ni el transporte, ni la Hacienda permitían grandes ilusiones en el campo de las políticas públicas. Pero todo eso empezó a cambiar después de 1919, primero poco a poco y luego de forma muy acelerada durante la Guerra Fría. Y no sólo por obra del avance de la democracia, sino por las decisivas implicaciones de la guerra moderna y por la necesidad de responder al desafío del populismo autoritario y la eficacia aparente de la planificación económica.

Parece, sin embargo, que en ciertos ámbitos del centroderecha se ha perdido, en parte, la perspectiva de todo ese proceso. Se ignora, para empezar, el decisivo papel del Estado franquista en la modernización autoritaria del país y en la transformación de la administración, la Hacienda y el mercado, sin duda uno de los factores capitales para entender las bases estructurales de la Transición. Se olvida, también, que la semilla a partir de la que germinó el Estado español moderno la puso el liberalismo moderado en el siglo XIX.

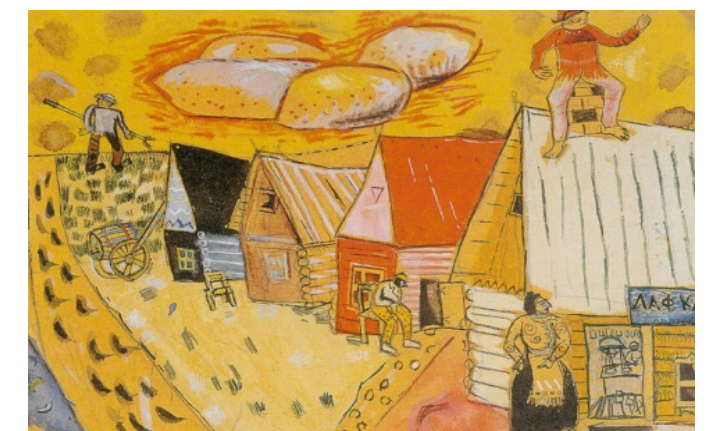
Sin duda, el obsesivo y rentable empeño de las izquierdas en monopolizar la defensa del Estado y de lo público tiene buena parte de la culpa en esta particular desmemoria. Podría parecer, así, que cualquier alternativa de centroderecha debiera pasar por una posición especialmente crítica con la existencia misma del Estado, en tanto que agente enfrentado a toda iniciativa individual y, por tanto, social.

Sin embargo, el problema no está planteado en términos de alternativa, porque el Estado es la columna vertebral de la convivencia democrática. Sólo hay democracia representativa y soberanía nacional porque hay Estado. La seguridad que éste proporciona no empieza y se agota en la sanidad y las pensiones, sino que remite a la articulación de un espacio jurídico e institucional sin el que no se puede competir pacíficamente por el poder. El Estado no es cuestionable, sino imprescindible.

Lo que la actual crisis sanitaria está poniendo de manifiesto es, precisamente, la relevancia del Estado moderno en tiempos de creciente globalización, tanto por lo

que hace como por lo que deja de hacer o lo que hace mal. Algunos creerán que las vías de agua de un Estado mal gestionado son una oportunidad para apuntalar a la maltratada y olvidada sociedad civil, que entre pequeñas y grandes iniciativas parece resurgir estos días. Sin duda es así, porque sólo es tolerable un Estado poderoso si es eficiente, lo que a todas luces no está ocurriendo. Pero no es menos cierto que ésta es una oportunidad para que el centroderecha no vuelva a caer en un debate tramposo acerca de las relaciones sociedad-Estado; un debate en el que puede verse obligado a renegar de su propia historia y a adoptar una posición puramente defensiva.

Porque hoy el Estado no sólo es necesario, sino irremplazable. No se trata de cuánto Estado podemos y debemos soportar, sino de cuánto Estado necesitamos y qué proponemos para conseguir que utilice la menor cantidad posible de recursos de la forma más eficiente. El peligro no está en la redistribución y sus implicaciones, sino en sus límites y sentido último. Porque lo intolerable no es el Estado moderno sino el secuestro ideológico y moralmente corruptor de sus fines. La simplificación del debate en términos binarios: público vs privado, es consecuencia de este secuestro. Es una forma perversa de alentar un tipo de "comunicación ideológica" que identifica toda acción privada con la demolición de lo público y que, por tanto, distorsiona la naturaleza central del Estado y lo presenta como agente superador de un individualismo supuestamente egoísta y perverso. Lo urgente, por tanto, es situar la partida en un campo de juego totalmente distinto. No es el Estado frente a la sociedad y los individuos, sino el Estado con la sociedad y los individuos.



La villa. Marc Chagall

LA CULTURA DE LA AGITACIÓN EXAGERA SUS ASPAVIENTOS PARA DISIMULAR SU IMPOTENCIA

JORGE FREIRE: Entrevista hecha por Antonio García Maldonado para Fundación Conversación

Filósofo y escritor



«Si todos somos plenamente libres, ¿por qué hacemos lo mismo?». Se lo pregunta Jorge Freire (Madrid, 1985) en *Agitación*. Sobre el mal de la impaciencia, último Premio Málaga de Ensayo y que acaba de publicar *Páginas de Espuma*. El filósofo y escritor –autor de dos ensayos biográficos sobre Edith Warton y Arthur Koestler– muestra su perplejidad ante ese *Homo agitatus* que parece incapaz de bajar el ritmo de su huida hacia adelante y detener la rueda de hámster del ocio compulsivo, ya se trate de acudir a conciertos, hacer rafting en el Gran Cañón, casarse en la Riviera Maya o celebrar una despedida de soltero en Marbella. Obstinación en nombre de una libertad llena de «experiencias nuevas» en una «agónica kermés de la agitación» de la que parece difícil escapar. Una actitud que troca la evasión por el sentido, y que confirma la denuncia que Blaise Pascal ya formulara en el siglo XVII, cuando el pensador francés identificaba el origen de nuestros problemas en la incapacidad para quedarnos solos e inactivos en una habitación. El *Homo agitatus* vive una continua puesta a punto,

denuncia Freire, costumbre que sin duda sufre en estos días de cuarentena colectiva.

Estos días de confinamiento obligado están poniendo a prueba muchas de las cosas que tú identificas en tu libro, El Homo agitatus tiene ante sí una prueba de estrés importante. ¿Crees que recapacitarán y redescubrirán algo?

No. Cada vez que hay una crisis, los más optimistas afirman que saldremos de ella cambiados, ¡transfigurados!, cayendo en una retórica mesiánica y redentorista que exige mucha fe. Hay quien ahora dice lo mismo que se dijo al calor de la recesión: que abandonaremos la mentalidad de lucro, que la empatía aumentará como por ensalmo y que seremos mejores. Wishful thinking. A estas alturas cuesta tragarse el mito del Hombre Nuevo, sobre todo si es de garrafón.

Desde luego, el mundo parece hecho a su medida, incluido el mundo de la reclusión, con tantas plataformas de cine y series, videojuegos, ¡incluso libros!

Debemos jugar con sus reglas, aunque no nos apetezca. Es imposible rehuir ciertas cuestiones. En una escena de *Casa desolada*, de Dickens, la protagonista ve a un niño con la cabeza enganchada entre dos barrotes. Después de un rato tironeando de las piernas, advierte que el niño es notablemente cabezón, de suerte que, contra la opinión del resto de los presentes, propone meter el resto del cuerpo. Algo así nos sucede cuando algunas cabezas gordas y pensantes nos meten en ciertos atolladeros. Son tan invasivas que es imposible zafarse, así que solo queda introducirse de hoz y coz en ellas. No solo pienso en productos de entretenimiento, sino en ciertos debates de la agenda política. Solo hay algo más triste que leer un best-seller tres o cuatro años después de su publicación: leer un periódico de hace un año y ver las cuestiones

intrascendentes que nos quitaban el sueño.

Aunque, casi mejor hablar en primera persona del plural. Todos somos un poco el villano de tu libro, ¿no?

Soy la diana de casi todos mis dardos, porque participo de buena parte de los males que describo. Además, los pecadillos del *Homo Agitatus* son, en el peor de los casos, veniales, porque la sociedad hedonista anula la virtud y, con ella, el vicio. Así que, aunque el ensayo parezca escrito a cara de perro, hay una cierta piedad. Su crítica es esencialmente incruenta.

Hablas de la agitación como una manea de exorcizar miedos. El precio es dejar de buscar el sentido para sencillamente acumular experiencias y que el tiempo pase mientras el Homo agitatus se entretiene. Visto así, parece un derroche, pero, ¿qué decir si le funciona? ¿No te pasa que a veces has contemplado al Homo agitatus con secreta envidia?

Yo creo que no funciona. Comparo la agitación con la décima carta del Tarot, titulada “La rueda de la fortuna”. Tres esfinges das vueltas en torno a una noria que flota sobre el mar. Si se detienen, se hunden. Puede que nuestros coetáneos se sientan encarcelados en la habitación de Pascal, pero al aire libre recuerdan sobremanera al viejecito de Danzad, danzad, malditos, embarcado en un extenuante maratón de baile. Para colmo, este va patéticamente disfrazado de marinerito, lo que lo asemeja a nuestros adolescentes de cuarenta años. Y la adolescencia, etimológicamente, no es solo la época del crecimiento, sino también del dolor, así que, en efecto, no me da ninguna envidia.

Otra cosa que estamos viendo estos días es que las costumbres del Homo agitatus sostienen una economía agitada, que necesita que no se deje de pedalear, so pena de trompazo colectivo. ¿Cómo salir de ese bucle? También le pegas una buena zurra al decrecentismo y a cierto discurso neorural como una forma de bandazo del Homo agitatus, pero no como su negación.

La frivolidad de nuestros intelectuales roza en ocasiones la negligencia. Nuestros maîtres à penser celebran el desorden en casa ajena

mientras un escuadrón de mucamas y palafreneros aguardan en el chalet en perfecto estado de revista, más firmes que una vela. Goethe decía que el noble siempre aspira al orden y que vivir sin capricho es cosa de plebeyos. La novedad es que hoy el acomodado se disfraza de agitador. Volviendo a Dickens, no son pocas las similitudes entre los disturbios de Barnaby Rudge y las tentativas de agitación dirigida que vivimos hoy. A las élites les conviene sembrar la cizaña. Si la turbamulta se fogoea plantando cruces amarillas en la playa y haciendo flashmobs por los presos, no le quedarán ganas para protestar por el tres per cent.

Es verdad que parecemos correr, incluso huir de algo, pero no sabemos hacia dónde ni con qué propósito ahora que la idea de progreso ha decaído y el futuro no pinta bien. Sin embargo, insistimos en «lo nuevo», sin saber por qué, ni si es bueno.

Es imposible ser novedoso sin interrupción. Ciertas experiencias, como la irrupción de lo nuevo, se definen por su carácter excepcional, por lo que la mejor manera de neutralizarlas es incorporarlas a lo cotidiano. Pero la cultura de la agitación es esencialmente homogeneizadora y, a falta de auténtica diversidad, atiza aquello que Freud llamó el narcisismo de la pequeña diferencia.

Se han instalado palabras que definen un tiempo: «innovar», «generar impacto» o «disrupción» marcan un camino en el que lo estático, necesario para reflexionar, parece demodé. ¿Por qué es importante salvar este aspecto del mundo, pese a todo?

Respecto a las expresiones, coincido contigo en que, por muchas capas de estuco retórico que se le pongan por encima, el discurso de la novedad constante está presente en todos los ámbitos de la vida. El lenguaje define el pensamiento y, de alguna manera, da forma al mundo; es lo que los griegos llamaban *logos spermatikós*. Dice Orwell en *La política y la lengua inglesa* que hay que mantenerse en guardia frente a las frases hechas, porque se libra una batalla de conquista por nuestra propia mente. La lucha contra el tópico es una tarea moral. Por eso hay que evitar embestir todos los capotes que nos tienden. Debemos poner una cierta distancia y asumir lo que Nietzsche

llamó el pathos de la distancia, o, por usar un sintagma que se ha popularizado estos días, a cuento del coronavirus, una cierta "distancia social". Un gesto de alejamiento que nos permita dominarnos, en lugar de que nos dominen.

Dado que quienes diseñan y definen el mundo parecen agitados, ¿el Homo agitatus es víctima o verdugo?

Como producto de su época, el Homo agitatus es verdugo de sí mismo. Bogando sin rumbo en una marejada de estímulos, es ajeno por completo a la voluptuosidad del instante. Así que podríamos decir que en el pecado lleva la penitencia. Esto se aprecia en los más enconados enemigos del exotismo, que son los turistas: si viajar consiste en una recolección planetaria de souvenirs y experiencia, lo propio es que el viaje no amplíe nuestros horizontes, sino que los estreche.

Hablas de los agitados como sujetos ideales de la propaganda de movimientos como los nacionalistas.

La agitación es un peligro para la democracia porque, entre otras cosas, lleva a la anomia cívica. Todos conocemos los temores que manifestaba Tocqueville en el primer tomo de La democracia en América hacia la tiranía aritmética que representaba la mayoría sin contrapesos. Menos conocida es aquella amenaza que, un lustro después, señaló en el segundo tomo de su obra: la atomización, el repliegue, la destrucción de la sociedad. El ciudadano que no se domina se torna masa; y la masa pide ser dominada.

En una escena de 'Hechizo de luna', una de las protagonistas ha conocido a un profesor con un afán ligón sorprendente, y una noche le pregunta por qué hacen esas cosas los hombres. Él, tras pensarlo unos segundos, dice: «es por los nervios». Esto, aunque se trata menos en tu libro, también es parte de esa agitación, ¿no? El Homo agitatus tiene un tipo de relación superficial con todo, también con las personas. Esto de cambiar tanto de pareja, o más que antes, o la menor duración de las relaciones, también se justifica mucho con eso que criticas del discurso de «sentirse libre».

Si algo define la cultura de la agitación es la



La vida en el siglo XVI. Pieter Bruegel.

manera en que exagera sus aspavientos para disimular su impotencia. Ya no se trata de bordar la bandera de la libertad, a lo Mariana Pineda, sino de agitarla espasmódicamente. Me pregunto si cuando proclamamos nuestra libertad no estamos tratando de convencernos a nosotros mismos, como si tratásemos de espantar el fantasma del determinismo. Libre no es quien recorre la Ruta 66 ni quien se tatúa en el omóplato "soy el capitán de mi destino", como rezaba aquel blockbuster de Hollywood, sino quien sabe gobernarse a sí mismo. Lo demás son sueños de libertad in vacuo, como decía Santayana; pagar con tarjeta sin tener cuenta en el banco. Confucio decía que quien se domina es como la estrella polar, que se mantiene en su sitio mientras el resto de estrellas giran en derredor. La libertad no es anarquía, sino disciplina; no es incontinencia, sino dominio. No basta con sentirse libre; hay que aprender a serlo.

CONVERSACIÓN

ÁNGEL RIVERO

Profesor Titular CCPP UAM



Señaló Agustín de Hipona (354-430) que la diversidad de idiomas es fuente de conflicto social por el distanciamiento que causa entre los hombres. Nos decía que, si imagináramos a dos hombres de lenguas distintas que se vieran forzados a vivir juntos, su convivencia sería imposible: "con mayor facilidad convivirían dos animales, mudos como son, de especies diferentes, que estos dos hombres". Para Agustín esto sería así porque en los hombres, el no poder comunicarse por la diferencia de idioma, va en detrimento de su naturaleza común. Los hombres tienen, sí, una misma naturaleza, pero la diversidad de las lenguas los separa de modo que la convivencia entre seres de la misma especie se hace imposible. Remata su argumento diciéndonos que "hasta tal punto esto es así, que más a gusto está un hombre con su perro que con otro hombre extranjero" (La ciudad de Dios, libro XIX, capítulo VII).

No hay duda de que para Agustín el hombre es un ser social que mediante la palabra puede concertar la vida con los otros hombres, pero

solo y de manera imperfecta con los próximos, y de ninguna manera con los forasteros. La vida humana transcurre en un espacio donde la mayor proximidad permite la vida social, así en el hogar, pero rebasado éste, al alejarse, en la ciudad -el lugar de la vida con los otros forasteros-, o el mundo -el continente de la humanidad, los extranjeros-, la sociabilidad natural del hombre ya no opera como vínculo que permita la concordia, sino que la vida con los otros se hace cada vez más difícil. Para Agustín, alejarse de la casa es como irse sumergiendo en aguas cada vez más profundas y, por tanto, más peligrosas. Así, el hombre en la tierra es un peregrino para el otro hombre, un forastero, un extranjero y hasta un enemigo, y su naturaleza social solo se verá restaurada, el vivir con los otros en armonía y concordia, en el cielo.

Conversación es, según el Diccionario de Autoridades de la RAE "la plática, razonamiento y discurso (...) entre dos o más personas, ya sea por diversión, o por otro cualquier motivo y ocasión; vale también trato, comunicación y comercio recíproco (...) de unos y otros entre sí". **La conversación humana es el trato con los demás que puede tener lugar en la concordia, pero también a la discordia.** Para Agustín, como hemos visto, la conversación humana está averiada porque su sociabilidad ha quedado maltrecha desde la expulsión del hombre del Paraíso. Pero esto no quiere decir que el hombre sea insociable por naturaleza. El hombre es sociable y anhela la vida en concordia con los otros, pero ésta no es realizable en la tierra. Este anhelo es justamente el que le guía en dirección al cielo. Somos, nos dice, ciudadanos de la ciudad de Dios, peregrinos en la ciudad de los hombres. Ya antes Pablo había señalado, en su "Carta a los filipenses" (c. 50, 3. 20. Biblia de Jerusalén) que "somos ciudadanos del cielo", esto es, que nuestra verdadera casa está en el cielo o, como traduce de forma más elocuente la Biblia del rey Jacobo: "For our conversation is in heaven", y

que Jesucristo vendrá de allí para redimirnos.

Por ello no deja de resultar sorprendente que, si nuestra conversación en la Tierra está tan averiada, si verdaderamente no tiene remedio, Alonso de Castrillo escribiera en 1521, en medio de la guerra civil que assolaba Castilla que “ninguna otra cosa es la ciudad sino una multitud de hombres juntamente allegados y ligados con algún concierto de compañía”. Y que se preguntara: “¿Qué cosa puede ser más dulce que la amigable conversación, pues es poderosa para sustentar las gentes que la natura cría? ¿Qué cosa puede ser más digna de maravilla que las gentes extrañas y de diversas lenguas, las cuales dividió la Divinidad por la soberbia de las gentes, verlas concertadas por la buena conversación de los hombres” (Tratado de República, Burgos, Alonso de Melgar, 1521, cap. II).

Si para Agustín no podría haber conversación civil, pues solo había conversación santa, para Castrillo la conversación como trato mediante la palabra no está asociada al conflicto, sino que es sobre todo instrumento de la concordia. Las diferencias, de lenguas, pero también de gentes, pueden ser concertadas mediante la buena conversación de los hombres. La ciudad es el espacio de la conversación más dulce, donde el hombre realiza su naturaleza social al alcanzar la concordia con la palabra, esto es, conversando.

Michel de Montaigne (1533-1592) va un paso más allá en el valor que atribuye al hablar con los otros. En sus Ensayos, escritos también en un tiempo de cruenta guerra civil en Francia, reflexiona sobre ello en “El arte de la conversación” (libro III, capítulo VIII), y nos hace saber que “el más fructuoso y natural ejercicio de nuestro espíritu es a mi ver la conversación: encuentro su práctica más dulce que ninguna otra acción de nuestra vida, por lo cual, si yo ahora me viera en la precisión de elegir, a lo que creo, consentiría más bien en perder la vista que el oído o el habla”. Pero la conversación no es ya únicamente un instrumento de concordia social sino una búsqueda concertada de la verdad:

“Yo entro en conversación y en discusión con libertad y facilidad grandes (...) ninguna proposición me pasma, ni ninguna creencia me hiere, por contrarias que sean a las mías. (...) Así pues, las contradicciones en el juzgar

ni me ofenden ni me alteran (...) Huimos la contradicción, en vez de acogerla y mostrarnos a ella de buen grado (...) Cuando se me contraría, mi atención despierta, no mi cólera; yo me adelanto hacia quien me contradice, siempre y cuando que me instruya: la causa de la verdad debiera ser común a uno y otro contrincante”.

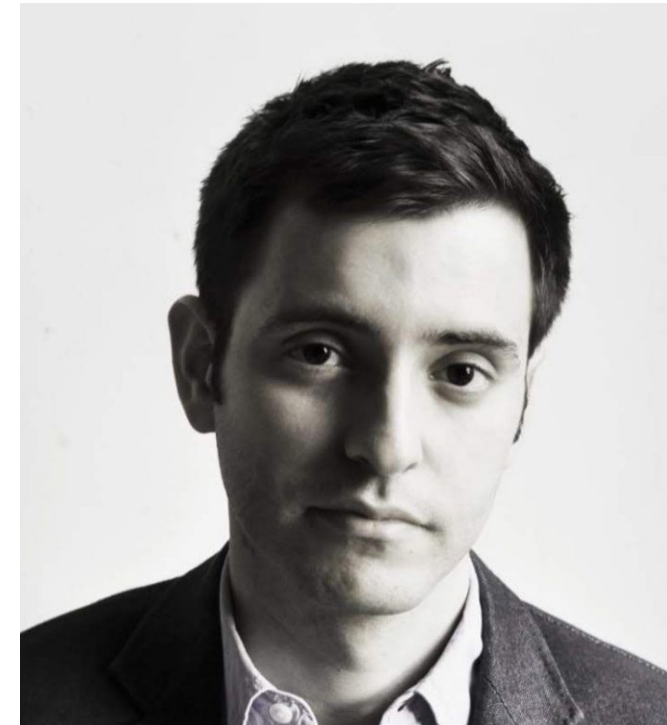
Hay en Montaigne una humanización de la discrepancia pues ya no se trata de que nuestra sociabilidad esté averiada sino de que somos distintos por naturaleza. La conversación entre los que piensan distinto no solo nos civiliza, sino que es propio de nuestra condición. En este sentido nuestro contemporáneo Michael Oakeshott ha dejado escrito que la conversación es el lugar en el que se encuentran la diversidad de expresiones que componen nuestro interactuar humano. Así el objeto de la conversación no es buscar ni descubrir la verdad, ni convencer ni demostrar nada, porque lo importante es la conversación misma, esto es, reunirnos, y esto no es posible en ausencia de una diversidad de voces. Para Oakeshott, “lo que distingue al ser humano del animal y al hombre civilizado del bárbaro” es justamente la capacidad para participar en una conversación, hasta el punto de que la educación no es sino “la iniciación en la capacitación y participación en la conversación, aprendiendo a reconocer las voces, las ocasiones oportunas para intervenir, y donde adquirimos los hábitos intelectuales y morales apropiados para conversar” (The Voice of Poetry in the Conversation of Mankind, 1959).

Si para Agustín la conversación era difícil por la diversidad de voces, para nosotros es la diversidad de voces la que nos reúne en una conversación.

EUROPA COMO SOLUCIÓN... Y COMO PROBLEMA

DAVID JIMÉNEZ TORRES

Profesor, investigador, articulista y escritor.



Han pasado más de cien años desde que Ortega y Gasset acuñara la fórmula de que “España es el problema y Europa la solución”. Sin embargo, la frase sigue siendo útil a la hora de comprender la relación de la ciudadanía española con el concepto de Europa y con la Unión Europea. En parte porque la legitimidad del proyecto democrático nacido tras el desmantelamiento del régimen franquista se ha apoyado fuertemente tanto en el acercamiento a “Europa” como en la reivindicación de las élites culturales europeístas de los siglos anteriores (el propio Ortega y su círculo, los ilustrados dieciochescos, la Institución Libre de Enseñanza, etc.). La apuesta por la integración europea no era solo una decisión racional sobre política exterior y alianzas económicas, sino también un pronunciamiento acerca del pasado y el futuro españoles. Suponía un rechazo del tradicionalismo y el franquismo y una apuesta por una modernidad conceptualizada como intrínsecamente europea.

Hoy en día España mantiene un alto grado de

uropeísmo, tanto a nivel popular como al de las élites políticas, económicas y culturales. Pero la vertiente histórica a la que me he referido es importante porque tras la palabra europeísmo se esconden muchas texturas y muchos matices. No todos los europeísmos son iguales aunque puedan alcanzar niveles de intensidad idénticos. Diría que el nuestro, en concreto, es un europeísmo traumatizado, el resultado de una serie de presuntas lecciones históricas que connotan la cercanía a Europa como un enorme ejercicio de autosuperación nacional. Se podrá responder a esto que todo el proyecto europeo nace de un trauma: el de las guerras mundiales. Y así es. Pero esto, que sirve como herramienta explicativa del europeísmo francés o alemán, no se aplica tanto en el caso de España, no-beligerante en ambos conflictos. En nuestro caso, el trauma no es tanto el de la aniquilación mutua y masiva sino el de la pobreza, el atraso y la tragedia endógena.

No quiero decir con esto que un cálculo de costes y beneficios no pudiera apoyar claramente la pertenencia de España al club europeo. Es más, estoy convencido de que lo hace. Lo que señalo es que ese tipo de lógica no es la que subyace al europeísmo español, al menos en su nivel más popular. Y conviene, además, que comprendamos los efectos que se derivan de esa textura particular de nuestro europeísmo. Apuntaré unos cuantos: en primer lugar, otorga cierta inmunidad ante demagogias antieuropeístas como las que han marcado el debate británico acerca de su propia pertenencia a la Unión Europea. Porque el Brexit no ha sido solo el resultado de ansiedades socioeconómicas o de la pericia propagandística de los euroescépticos. El europeísmo y el antieuropeísmo también batallan en el campo de las culturas e identidades nacionales, en las historias que cada nación se ha contado a sí misma acerca de su pasado y sus rasgos distintivos. Planteémoslo así: ¿había mayor

angustia socioeconómica en Reino Unido en 2016 -tasa de desempleo del 5%- que en España en 2013 -tasa de desempleo del 26%-? ¿Por qué unos giraron al antieuropeísmo y no los otros? Hay muchas explicaciones, pero una de ellas es que por razones históricas y culturales (como el hecho de que gran parte de la identidad nacional británica esté construida sobre el relato de la victoriosa defensa de la isla contra tiranos del continente como Felipe II, Napoleón o Hitler), los británicos ya estaban mucho más cerca del euroescepticismo que los españoles. Cuesta menos cruzar una línea roja cuando la tienes al lado que cuando te pillan muy lejos.

Las particularidades de nuestro europeísmo también perpetúan una idea de Europa como un Otro al que, en el fondo, no terminamos de pertenecer, o solo de forma excepcional. Esto puede impedir un grado mayor de iniciativa política -y de presión popular para que esta se produzca- a la hora de utilizar los mecanismos de la política europea en beneficio de nuestros ciudadanos. Es útil pensar aquí en los cuestionables criterios con que nuestros grandes partidos elaboran sus listas para las elecciones al Parlamento Europeo. ¿Por qué toleraríamos esto si no fuese porque en el fondo no creemos que los representantes españoles realmente pueden marcar una diferencia en las decisiones de ámbito europeo? Hay algo de círculo vicioso en la idea de que Europa siguen siendo los otros.

Finalmente, el europeísmo traumatizado se manifiesta con frecuencia como una obsesión con cómo se ve España en el extranjero (en el extranjero desarrollado; cómo se ve España en Chad no parece interesar mucho). Hemos tenido un buen ejemplo de ello durante el reciente proceso independentista catalán: tanto secesionistas como constitucionalistas prestaban una extraordinaria atención a lo que se publicaba en el extranjero acerca del proceso, a la busca de algo que confirmara -o llevara injustamente la contraria a- la visión de cada lado. La cuestión no era tanto buscar un punto de vista novedoso, sino sencillamente ver si representantes de ese Otro europeo, construido previamente como superior y fiable, nos daban la razón. Irónicamente, los secesionistas catalanes nunca son más españoles que cuando declaran que el mundo nos mira. El problema de esto es que fija el debate en quién emite los mensajes

en vez de en el contenido de los mismos. Y no parece propio de una esfera pública madura el dedicar días enteros a comentar el trabajo y el rigor (o falta de él) de los corresponsales de medios extranjeros, aunque solo sea por lo evidente: ni uno solo de los lectores del Guardian o Le Figaro vota en nuestras elecciones. Hoy en día España mantiene un alto grado de europeísmo, tanto a nivel popular como al de

UN CLAMOR SE ESCUCHA EN RAMÁ

MARIO COLLEONI

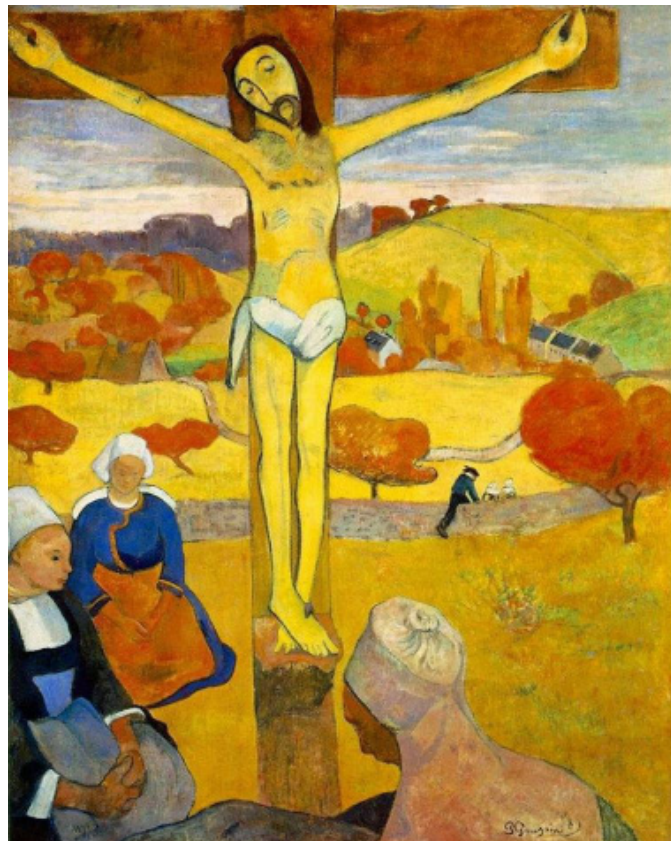
Historiador del arte y escritor



A lo largo de los siglos, muchas cosas se han considerado sagradas; coincidiremos, sin embargo, en que muy pocas lo han sido con certeza. **El silencio, la mayor y más íntima expresión de esa sacralidad, se presenta hoy como un desafío y quién sabe si no también como una necesidad.** Desafío porque el silencio exige un esfuerzo en el que sólo hallamos obstáculos (para los que cada vez tenemos menos tiempo), es enemigo del régimen supracomercial en el que vivimos, nos empuja a un ejercicio con el que no estamos familiarizados y su naturaleza, como es lógico, resulta molesta y en ocasiones hasta grosera, y es así por una sola razón: parece inhabitable. Si Bernanos lo llamó «genio de la nada», pudo ser tal vez porque —la nada— es un vacío donde el ser humano se enfrenta a la ausencia de voz, la suya (despojada, abandonada de sí, sin ropajes, desnuda, sin necesidad de retórica, sin posibilidad de testigos, totalmente confesional), y genio porque en ese forcejeo con el vacío se desvela la naturaleza íntima de la no-palabra, nuestra voz interior.

En la actualidad, mientras un virus invisible se está llevando por delante a decenas de miles de personas en el mundo, al otro lado, al compás de la injusticia, la deshonestidad y los cadáveres, un grueso de personas esboza ingeniosas teorías sobre la pandemia: agudas observaciones de escritores expertos en virología exprés, abstrusos discursos de falsos filósofos elevados por el común denominador al rectorado de la intelectualidad —nuestra será la infamia inolvidable de haber alzado la mediocridad sobre el pedestal de la sabiduría—, una bífida homeopatía llamada coaching no duda en seguir sacando crédito de la desgracia amenazando con destruir la psique humana, periodistas que parecen políticos, opinólogos metidos a chamanes, youtubers e influencers convertidos en tertulianos de primero de Sálvame y un largo, larguísimo etcétera de indignidad. Qué difícil es apaciguar la rabia o no señalar con el dedo cuando nada en realidad importa más de lo que importa la vida. Qué difícil no mancharse las manos con ese juego entretenidísimo y envenenado del ruido y la contaminación verbal. Y qué difícil, en definitiva, pensar por una vez en los demás antes que en uno mismo. Si la malversación del discurso, el abuso del poder periodístico, la manipulación de la opinión pública o la perversión psicológica de lo humano no fueran más que algunas de las consecuencias de nuestra siempre terca relación con el silencio, deberíamos ir siendo conscientes de lo crucial que es saber dominarlo. Él es el primer nutriente de todo aquello que cultivamos por amor, con él conseguimos hacer de nuestro hogar un lugar acogedor, nos libra de rumores espurios, nos inclina al sosiego y la serenidad, y, por si fuera poco, es nada menos que la fábrica ontológica del pensamiento, la única en la que éste puede forjarse.

Un gran historiador como Alain Corbin, conocido en España desde aquella formidable enciclopedia en dos tomos titulada Historia del cuerpo



El Cristo Amarillo. Paul Gauguin.

humano (Taurus), ha vuelto recientemente con Historia del silencio (Acantilado), un librito breve y hermoso en el que, haciendo gala de una portentosa humildad, nos regala su erudición en un pequeño manojito de citas, impresiones o fragmentos que desentrañan la naturaleza del silencio en la cultura occidental. Corbin nos enseña, a través de un amplio espectro de obras y autores, el valor y el sentido que ha tenido esa suerte de superpoder con el que, con el mero acto de abrir un libro, cualquier persona puede suspender el tiempo y el espacio y encontrar refugio en la lectura. En su libro hay algo más que aliento o consuelo: también hallamos ejemplo; aunque cabe preguntarse, viviendo como vivimos hoy en una sociedad que desliza sus complejos de inferioridad por debajo de las sábanas de la indignación, cuántas personas están predispuestas ante cualquier lección o enseñanza ejemplar.

Sea como fuere, en una realidad inmediata que inquietantemente se parece cada vez más a una serie como Juego de Tronos —que, entre otras muchas cosas, nos habla de la importancia de preservar la memoria o de la única guerra que se combate, la de los vivos contra los muertos—, tal vez sea el silencio el

único déspota ilustrado que nos queda, el único en el que podamos confiar para salir indemnes de este desafío humanitario. En un pasaje de su libro, refiriéndose a Victor Hugo, Corbin dice: «en su buhardilla se entrelazan trabajo, pureza, piedad y silencio». Tal vez no exista una mejor glosa como esa para definir lo único que necesitamos de forma urgente en este momento. Tal vez no necesitemos, aquí y ahora, ninguna otra cosa para aplacar ese clamor ensordecedor de Ramá, que no es el júbilo de los que llegan, sino el dolor de los que se están yendo.

ENTRE CÍNICOS Y REBELDES

ADRIANO DELL'ASTA

Profesor de Lengua y Literatura Rusa en la Universidad Católica de Milán y Brescia, Vicepresidente de la Fundación Cristiana Rusia, miembro de la Academia Ambrosiana.



La esperanza tiene que tener razones si no quiere transformarse en el irresponsable y egoísta «dejadnos vivir, nosotros somos fuertes» o en el paralizante fatalismo del «vendrá alguien a salvarnos». ¿Dónde se funda nuestra esperanza para que no sea la nueva ilusión de quien se creía dueño del mundo y se ha encontrado que ya no puede ni siquiera salir de casa, o para que no sea la vieja ilusión de quien cree arreglárselas confiándose a cualquier señor del mundo y que, así, terminará siendo igualmente prisionero, aunque de forma diferente?

¿Tenemos una razón para no desesperarnos en esta Europa que de nuevo parece no esperar otra cosa que poder perderse de nuevo en el cinismo de los ricos o en la rabia de los siervos rebeldes?

«Estamos en guerra». Cuántas veces al inicio de la pandemia amigos europeos, rusos y americanos me animaron diciéndome: «Ánimo, que estáis en guerra», y hoy nos alentamos unos a otros diciéndonos: «Estamos en guerra»; insinuando que al final, quizá, conseguiremos vencerla.

Pero ni a mí ni a mis amigos puede ni debe bastarnos este optimismo implícito de quien está convencido que al final «todo irá bien». En la ciudad en la que vivo, cerca de Bérgamo, estamos literalmente rodeados por la muerte. Algunos días después del inicio de la tragedia que ahora todos vivimos, una de nuestras iglesias empezó a usarse como morgue porque ya no sabíamos dónde meter a los muertos. Pero si «lo conseguimos», si incluso al final vencemos, ¿qué diremos a quien mientras tanto no «lo haya conseguido»? Y ¿cómo haremos nosotros mismos para «conseguirlo» sabiendo que familiares y amigos no «lo han conseguido»? ¿Cómo haremos para que no nos asfixie el peso de una pregunta que no podremos eludir: «¿Por qué ellos y no nosotros?»?

Pensando en este dilema entre la muerte que nos rodea y la Pascua, me ha venido a la mente una persona que no dudó de que hubiesen razones para no caer en la desesperación: se trata de Madre Marija Skobcova, una monja ortodoxa rusa que acabó viviendo en París y que después murió mártir el Sábado Santo del 1945 en Ravensbruck, donde los nazis la habían deportado por la ayuda que había prestado a los judíos. Madre Marija se había visto obligada a abandonar Rusia justo después de la Revolución soviética, en la cual había participado al principio compartiendo el sueño de liberación y renunciando por ese sueño a todo lo que tenía: el prestigio y las riquezas de su familia noble. Había sido una lucha dura que había combatido en el partido de los socialistas revolucionarios (terroristas) hasta convertirse en la primera alcalde mujer de la historia rusa. Después se dio cuenta de que sus sueños habían sido traicionados y fue expulsada de Rusia por voluntad de los nuevos señores bolcheviques. Se encontraba, así, en Occidente, en París, de nuevo sin nada; es más, con dos matrimonios a las espaldas,



Baile en círculo. Natalia Goncharova

muchas aventuras sentimentales (de una de ellas había nacido incluso una niña) y nuevas tragedias, porque en aquellas condiciones de extrema pobreza y marginación llegó a perder otra hija, muerta de meningitis con cuatro años.

Ordenada monja, con esta historia en el trasfondo, Madre Marija escribió: «¿A qué nos compromete el regalo de la libertad que se nos ha dado? Estamos fuera del alcance de los perseguidores. Y hemos sido liberados también de las tradiciones seculares. Estamos fuera de cualquier costumbre. ¿Es esto una casualidad? En el campo de la vida espiritual no hay lugar para el azar, ni existen épocas más o menos afortunadas; en cambio, hay signos que necesitamos comprender y caminos que debemos seguir. Y nosotros estamos llamados a grandes cosas, porque estamos llamados a la libertad».

Había perdido todo, riquezas, reputación, posición: ¿qué era? ¿una cristiana un poco fundamentalista o una vieja revolucionaria? ¿una monja un poco desenfrenada o una noble fallida? Pero aquella que para todos era, si no ya una derrota, una amarga broma del azar, se convirtió

en libertad para ella: terminó en Ravensbruck donde hizo grandes cosas, encontrando la muerte en condiciones muy parecidas a las de san Maximiliano Kolbe. Hoy, canonizada por la Iglesia Ortodoxa, es Santa María de París y la Francia laica le ha dedicado también una calle en el corazón de su capital.

También para nosotros el mundo se derrumba y corremos el riesgo de perderlo todo, divididos entre cínicos y rebeldes, pero tenemos razones para encontrar un camino diferente y tenemos testigos que nos muestran ese camino.

Y no se trata sólo de la Madre Marija, una santa de un pasado lejano; se trata también de lo que el Papa Francisco llamó los «santos de la puerta de al lado», gente normal, como una estudiante mía, una enfermera profesional, que anteayer, después de tres noches de trabajo sin dormir, se desmayó y lo único que le preocupaba era que hubiese alguien que la reemplazara. Pero si hay gente así, también «nosotros estamos llamados a grandes cosas».

SABEMOS LO QUE NOS PASA

RAMÓN GONZÁLEZ FÉRRIZ

Periodista.



En un artículo publicado en 2014, después de la crisis financiera pero antes de la oleada populista, el filósofo estadounidense Mark Lilla lamentaba que hubiéramos dejado de pensar en la Guerra Fría, el marco político que rigió el mundo durante casi cuarenta y cinco años. Y, sobre todo, en lo que su final había significado. “No hemos reflexionado lo suficiente acerca [...] del vacío intelectual que dejó” decía. “Aunque no sirviera para nada más, la Guerra Fría nos hacía estar concentrados”. Al menos, sabíamos que había dos sistemas en competición, el comunismo y el capitalismo, y sabíamos lo que defendía cada uno: no sólo cuáles eran sus ideales más o menos inalcanzables, sino cómo se traducían en la práctica, en la vida de cientos de millones de personas. En 2014, decía Lilla, “el fin de la ideología no significa que haya desaparecido la oscuridad. Ha traído una niebla tan espesa que ya no podemos leer lo que está justo frente a nosotros. Vivimos en una era ilegible”.

Diría que ya no es así. En los años transcurridos desde que Lilla escribiera eso, se han aclarado

unas cuantas cosas. En primer lugar, **en el seno de los países occidentales la gran batalla se libra no solo entre los bloques clásicos de la socialdemocracia y la democracia cristiana, sino, más lenta y profundamente, entre los defensores de un sistema democrático con libertades liberales y los partidarios de una concepción mucho más autoritaria y plebiscitaria de la democracia.** A escala global, se está definiendo un panorama muy parecido al de una nueva guerra fría entre Estados Unidos, que tiene sus propias derivas nacionalistas pero sigue siendo básicamente una democracia liberal, y China, un poder emergente que ha convertido el comunismo en un tecnoautoritarismo nacionalista. Esta guerra fría tiene lugar en los ámbitos del comercio internacional, la tecnología y, cada vez más, en la lucha por la influencia en terceros países. En este contexto, la Unión Europea tiene varias opciones. Puede a) intentar convertirse en el tercer gran poder del escenario geopolítico; b) seguir siendo una fiel aliada de los estadounidenses, aunque deteste a su presidente; c) intentar mantener calmado a Estados Unidos mientras teje alianzas con China ahí donde a los estados europeos, individualmente, les convenga; o d) ser perfectamente irrelevante como lo fueron los países no alineados durante la Guerra Fría. Esperen una combinación de la c y la d.

Pero quedémonos en el frente interior. En los últimos años, se ha producido una cascada de acontecimientos que ha favorecido de una manera increíble (no sabemos aún qué nos queda por ver) las perspectivas de los autoritarios. Una inmensa crisis financiera provocada en buena medida por la ineptitud de las élites regulatorias, una gestión de esa crisis por parte de las autoridades del euro que evidenció las muchas deficiencias de la arquitectura institucional de la UE, la entrada masiva de dos millones de refugiados en Europa durante la guerra de Siria en 2015 y 2016, el auge de las guerras culturales

en torno a la identidad (en las que muchas veces la derecha ha copiado las tácticas victimistas de una parte de la izquierda) y, finalmente, esta pandemia, en la que muy probablemente las autoridades tradicionales volverán a perder prestigio, crecerá la tentación de controlar a los individuos y aumentará el peso del Estado para poder frenar los contagios y sacar a la economía de un parón sin precedentes.

Estas tentaciones, en su grado máximo, son ya una realidad en lugares como Hungría, donde el presidente Viktor Orbán ha aprovechado la crisis del coronavirus para hacerse con poderes casi absolutos y sin límite temporal, mucho más propios de una dictadura que de una democracia con contrapesos entre las diferentes ramas del Estado. Pero es algo que cabía esperar vista la deriva iliberal del país, por no hablar de Rusia o la propia China. Más preocupante que eso, en cierto sentido, es que incluso los estados dirigidos por partidos democráticos con impecables credenciales liberales van a tener la tentación de extender el poder del ejecutivo. Sin duda esto puede tener sentido en una crisis como la actual, y muy probablemente deberíamos apoyar a los gobiernos que así lo hagan. Pero sabemos que a los estados luego les cuesta enormemente renunciar a los poderes adquiridos en tiempos de crisis. Y sabemos perfectamente que las medidas autoritarias — las que invaden la privacidad, las que cuestionan los derechos cívicos, las que perjudican a las clases trabajadoras por sus ocupaciones o sus costumbres— son en muchos casos obra de gobiernos bienintencionados que creen que se limitan a racionalizar el comportamiento del Estado y de los ciudadanos sin darse cuenta de que están subvirtiendo su carácter democrático. De modo que adelante con las aplicaciones que rastreen nuestros movimientos para prevenir contagios, adelante con alguna forma de DNI biológico, adelante con la restricción de movimientos en función de la edad de los ciudadanos. Si estamos seguros de que son medidas imprescindibles y, en todo caso, reversibles y temporales, deberíamos aceptarlas, aunque resulten inquietantes. Pero no sin dejar de recordar con frecuencia su carácter excepcional y su potencial destructor de la democracia.

Todavía no sabemos definir exactamente las ideologías que van a enfrentarse en esta

inminente nueva guerra fría, salvo que descienden del capitalismo de la posguerra mundial, por un lado, y de variaciones al autoritarismo, por el otro, y que no son exactamente las mismas de hace una década y media, antes de la crisis financiera y la oleada de populismo.

Pero una vez más va quedando claro que el centro de la disputa, además de la desnuda lucha de poder, lo van a ocupar dos —o tres, si Europa decide aparecer— concepciones distintas del papel del Estado en la vida de los ciudadanos, concepciones distintas, en última instancia, de las libertades cívicas. Todo lo que no sea una modulación prudente y actualizada de las viejas libertades liberales supondrá una amenaza para nuestra forma de vida, sea cual sea nuestro color político. Nuestra era empieza a ser legible. Pero resulta igualmente oscura.



Terreno baldío con casas. Lucian Freud.

UNA TRAICIÓN ESPERANZADA

DANIEL CAPÓ

Escritor, columnista, crítico literario, ensayista público.

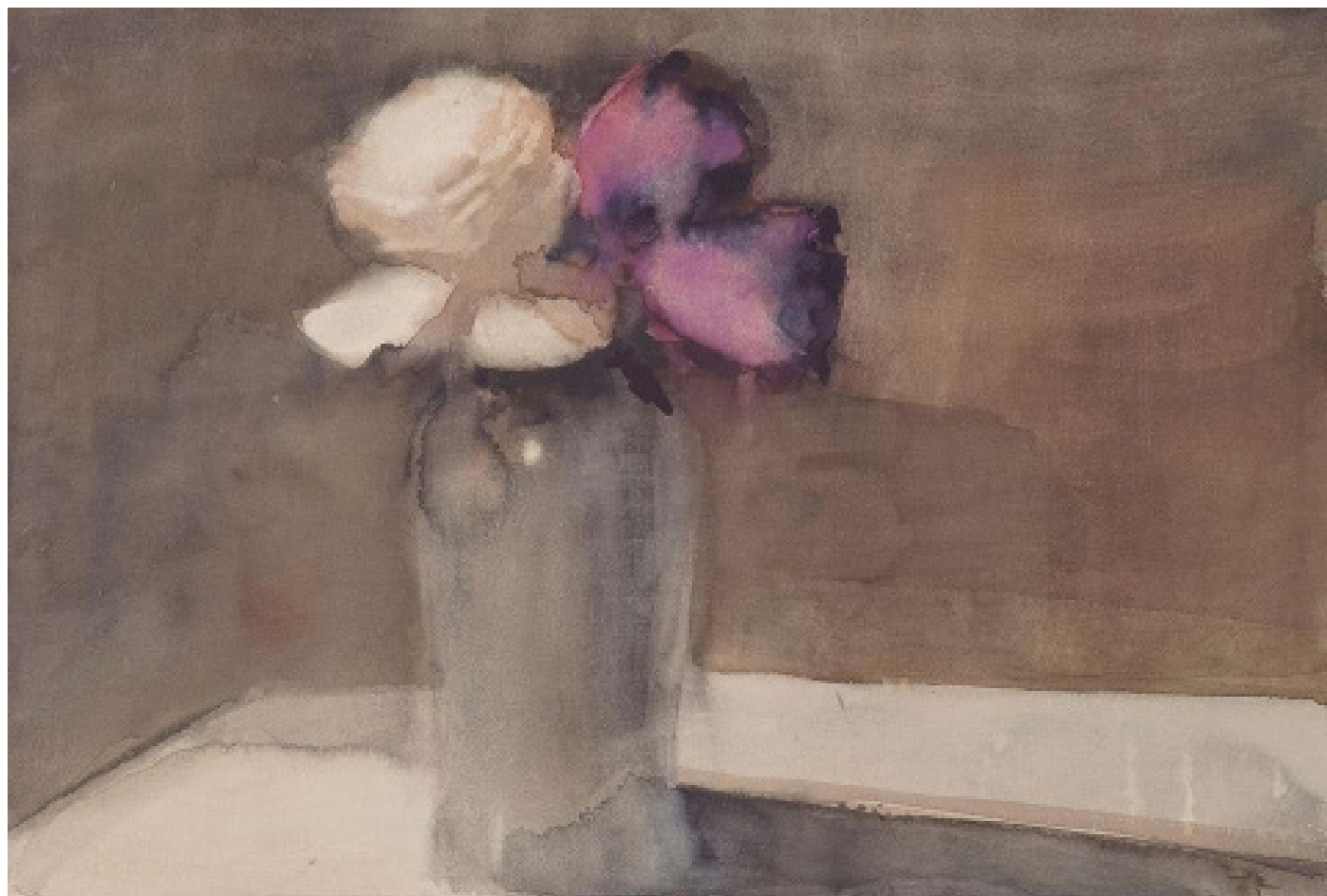


esperanzas. De ahí a la pereza, al abandono de las obligaciones y la depresión apenas media un paso, un leve gesto de la voluntad. Lo que es pasajero se convierte así en una tierra baldía. Además, los padres del desierto reconocían otra modalidad de tristeza: esa pesadez agobiante del verano que agita las moscas y las azuzas furiosas contra hombres y animales. La ira característica del activismo, ese ajeteo agónico de quien no puede permanecer en silencio ni a solas consigo mismo son propios también de la acedia. Tanto en el abatimiento como en la airada desesperación arraiga un mal proteico que arrastra la conciencia de los hombres y los pueblos hacia una estación Termini nada extraña para nosotros: la de una esclavitud del alma capaz de encerrarnos tras los pesados barrotes de una realidad que percibimos asfixiante.

Como era habitual entre los antiguos, al papa san Gregorio Magno le gustaba detenerse en la numerología. Hay, diríamos, un mundo que se oculta tras el eco sigiloso de los guarismos y las letras. El número siete —explica Dom Naultle fascinaba especialmente: hay siete vicios y siete virtudes, siete dones del Espíritu Santo y siete bienaventuranzas. Como sorteando una arquitectura laberíntica, el pontífice romano localizaba pasadizos secretos que conectaban una estancia con otra. Sabía que los símbolos dicen siempre más de lo que dicen, ya sea por su valor alegórico o por el matiz que sugiere una imagen, por las emociones que suscitan o por su riqueza expresiva. Como monje, san Gregorio conocía bien la tradición del desierto y sus tentaciones. Una de ellas, la más conocida, es la acedia, el demonio del descuido, que san Gregorio traduciría como “tristeza”; aunque quizás fuera mejor decir “tristia”: las tristezas, así en plural, como los poemas de Ovidio.

La tristeza nos habla de un alma agotada, desengañada del mundo, sin grandes

También la Europa actual da la impresión de ser un lugar definido por la tristeza: una sociedad cansada, envejecida y presuntuosa, que se mueve entre la ira ideológica y la desesperanza. El continente se sueña a sí mismo como un espacio puro que oculta nuestras culpas, lo cual es como decir que reniega de su responsabilidad mientras que la verdadera grandeza de la cultura europea se sustancia en algo muy distinto, en una traición esperanzada. Se diría que el orgullo de pertenecer a “una nación de traidores” —en palabras del ensayista Rémi Brague— define el camino de Occidente. Traidores a esa tristeza consistente en pensar que la realidad no es capaz de más, que la Historia nos aplasta y nos reduce a la impotencia y la esterilidad. Brague lo argumenta con exactitud en un librito precioso titulado *La vía romana*, en el cual reivindica la provechosa fecundidad de una idiosincrasia que se abre continuamente a la potencialidad de lo elevado. Ya hace muchos miles de años, el poeta Homero nos habló de una guerra trágica: la de Ilión, que hermana a los pueblos en la desgracia común de la humanidad; y de un héroe: Odiseo,



Flor no. 37. Marcelo Fuentes.

que persigue su destino más allá de los mares. **Es el mismo impulso que se rebela contra el mal de la tristeza en nombre de la esperanza.**

Otro autor, el alemán Ernst Jünger también observa en algún lugar de su obra que el hombre se sitúa entre dos polos: uno es el pasado que empuja, otro es el futuro que atrae a sí como un imán. El pasado representa la carga de la historia manifestándose incluso en las diminutas variaciones genéticas del ADN o en los pliegues ocultos del cuerpo. El imán, en cambio, se encuentra fuera de nosotros, como un país lejano que nos invita a marchar hacia lo desconocido. No se trata de la proyección de nuestras debilidades, de nuestros miedos o de nuestro abatimiento, sino de la esperanza de un horizonte que conjure la maldición solipsista.

¿Qué queda de ese horizonte en nuestro mundo? ¿A qué nos llama la UE? ¿Hacia dónde nos dirigimos? No lo sabemos y, al ignorarlo, vamos quedando encorvados en el estrecho cerco de lo inmediato. La tragedia de

la Unión reside en un relato que ya no aspira a decir nada relevante y que se conforma con ir contando las horas de modo circular, sin propósito ni destino. Nos aguantamos unos a otros por el común beneficio de estar juntos, pero sin atrevernos a dar un paso adelante. En ocasiones, surgen movimientos populistas que reflejan un hondo malestar y llaman a romperlo todo. En otras, se impone la inapetencia de los intereses pequeños, la letra menuda de la contabilidad presupuestaria, mientras el debate público se degrada, los salarios se erosionan y la fractura social se agranda. Europa emprende su particular viaje de invierno, rota en mil fragmentos –nacionales y familiares, individuales y de género–. Y lo cierto es que la tristeza llama también a una soledad sin vínculos, a una soledad enferma. Nada que no supiera ya hace siglos un viejo papa romano, fascinado por la simbología secreta del siete: que toda ruina es combatida por una nueva esperanza. Busquemos esa esperanza en nombre de la civilización.

¿ES JUSTIFICABLE LA DISCRIMINACIÓN ESTADÍSTICA (BASADA EN LA EDAD)?

BORJA BARRAGUÉ

Profesor de Filosofía del Derecho en la UNED.



DE QUÉ HABLAMOS CUANDO HABLAMOS DE DISCRIMINACIÓN ESTADÍSTICA

En apenas un par de meses, la pandemia del Covid ha cambiado nuestras vidas. Ya no salimos a correr o andar en bicicleta por la calle, sino que nos conformamos con hacer rodillo y dar paseos en el salón de casa. Ya no sale uno a socializar al bar, sino que se conecta a Zoom. Esto ha provocado un aumento del desempleo y una caída de los ingresos, sobre todo entre los colectivos vulnerables más afectados por el cierre de las actividades decretada. Las cicatrices sociales aparejadas a todo ello curarán rápido si la pandemia también lo hace, pero serán visibles muchos años en el caso de que no sea así.

Pero junto a estos cambios bruscos, la pandemia está sacando a la superficie algunos fenómenos sociales con los que hemos convivido muchos años pero que habíamos decidido obviar. Es el caso de la discriminación estadística. Me explico.

Hasta que estallara la crisis sanitaria del Covid, un ciudadano español podía viajar libremente por cualquier país de Europa. Pero un ciudadano de Burundi, por ejemplo, no. Esto tiene sentido porque la libre circulación de trabajadores es un principio fundamental establecido en el Tratado de Funcionamiento de la Unión Europea, del que España es parte, pero Burundi no. Gracias a ello, los ciudadanos europeos hemos podido viajar a casi cualquier país sin restricciones ni visados. Cuando eso es así, uno tiende a pensar que es lo normal. Pero es lo normal solo si uno tiene el pasaporte de un país rico. Si, en cambio, uno ha nacido en Burundi, la cosa se complica. ¿Por qué? La asunción implícita es que si uno vive en Alemania, por ejemplo, un país económicamente muy desarrollado y donde impera el Estado de Derecho, normalmente no va a extender ilegalmente su visita para buscar trabajo en otro país. La norma es la confianza y la laxitud. Si uno es de Burundi, por el contrario, la presunción se invierte: la norma es la sospecha y la inspección.

Dicho de otra forma: **si uno es pobre, vive instalado en la discriminación estadística permanente.**

Muchas políticas se basan en ese concepto por razones de eficiencia. En términos abstractos, discriminar estadísticamente consiste en tomar una característica de las personas que correlaciona positiva pero imperfectamente con aquella variable que nos interesa ("proxy"). Pensemos en una empresa de seguros. Lo ideal sería poder saber el riesgo de accidente que tiene cada individuo. Sin embargo, a la hora de fijar el precio de la prima, la práctica tiende a discriminar en contra de los conductores varones y jóvenes (proxy), aunque lo que nos gustaría identificar realmente son los conductores imprudentes (sean o no varones jóvenes). La cuestión es que ese ejemplo no agota los casos de discriminación estadística. Si alteramos

el ejemplo y en lugar de primas de seguro hablamos de obtener un empleo y cambiamos a los veinteañeros hiper-hormonados por mujeres (en edad de quedarse) embarazadas, el juicio moral que nos merece la discriminación estadística cambia. Si volvemos a modificar el ejemplo y ya no hablamos de un empleo sino de una plaza en la Universidad y en lugar de mujeres (en edad de quedarse) embarazadas ponemos que hablamos de colectivos históricamente discriminados (población afrodescendiente), entonces el juicio moral que nos merece la discriminación estadística vuelve a cambiar.

EL DISCRETO ENCANTO DE LOS NIHILISTAS DE LA JUSTICIA INTERGENERACIONAL

En sus planes de desescalada, muchos países están modulando el rigor del confinamiento en función del grupo de edad. Dadas sus necesidades específicas, España ha flexibilizado la cuarentena para los niños y adolescentes. Dado que la letalidad del Covid está muy concentrada en el grupo de edad de 70 y más años —en España representan alrededor del 85% de las muertes totales—, el confinamiento hiper riguroso adaptado por España es una política destinada a evitar la saturación hospitalaria cuyos beneficiarios son, sobre todo, los casi 7 millones de españoles mayores de 70 años. Es, por tanto, una forma de justicia intergeneracional hacia los mayores.

Ahora bien: todo lo bueno que tiene el confinamiento con respecto a la capacidad de atención hospitalaria, lo tiene de malo para la economía. Además, los paganos de la factura del cierre de sectores económicos enteros no van a ser los mayores, sino los jóvenes. Igual que en la crisis financiera de 2008, el zarpazo económico de la pandemia se está cebando con los jóvenes, que en España han sufrido uno de cada dos despidos.

Así pues: **¿es moralmente aceptable que el grupo más vulnerable permanezca más tiempo confinado?** Según el enfoque (deontológico) más extendido, la discriminación estadística es justificable sólo en la medida en que lo sea también el objetivo que persigue y, además, no se vulnere

el derecho a ser tratado como un individuo. Supongamos, en aras del argumento, que concedemos que el confinamiento extra para los mayores tiene un objetivo impecablemente legítimo como es proteger la salud del grupo de edad más vulnerables al Covid. Incluso si admitimos eso, muchas personas pensarán que el confinamiento extra no es justificable porque no supera el segundo filtro; esto es, porque fracasa a la hora de observar el deber de tratar a los mayores como individuos.

Pero como dice el filósofo danés Kasper Lippert-Rasmussen, es falso que tengamos un derecho a ser tratados como individuos. A veces, los agentes que patrullan un barrio (muy) rico de una ciudad y ven una persona que “no encaja”, hacen bien en no pararle y pedirle la documentación a pesar de que determinada información proveniente de la observación (forma de vestir, raza) les podría llevar a hacerlo. En nuestro caso, habrá muchos niños españoles que sean vulnerables a la enfermedad (diabéticos, por ejemplo) y que sin embargo se van a aprovechar de las salidas a la calle porque, estadísticamente, el virus no se ceba con los grupos de edad más jóvenes. Cuando opera en nuestro beneficio, no parece haber mucho problema con la discriminación estadística.

En realidad, la discriminación estadística (sólo) es inaceptable cuando opera en nuestro perjuicio y, más aún, incorpora una visión o trato degradante, incompatible con la igual dignidad de todas las personas. Por aterrizar la idea: una discriminación estadística que humilla y estigmatiza es que la policía cachee solo a las personas de determinado color o condición socioeconómica. Esa discriminación estadística es intolerable porque es incompatible con la igual dignidad de todas las personas.

Si pensamos que el confinamiento extra incorpora esa visión degradante de las personas mayores, entonces sí tenemos razones para rechazarlo. Si, por el contrario, pensamos que no hay nada de humillante en extender la cuarentena para hacer compatibles los objetivos de proteger a los mayores del virus y a los jóvenes de la crisis económica subsiguiente, entonces no hay razones de principio para rechazarlo, salvo que uno sea un nihilista de la justicia intergeneracional.

RUIDO

ROBERTO INCLÁN

Editor y analista de política alemana.



¿Está la salud por encima de la economía y la seguridad pública por encima de nuestras libertades? La respuesta de nuestros políticos actuales a estas dos difíciles cuestiones ha sido un rotundo sí, al menos por el momento. Si bien la crisis sanitaria provocada por la covid-19 no ha afectado a todos los países por igual, sí ha marcado la tendencia de que merece la pena pagar el coste económico que sea necesario para proteger nuestra salud y nuestras vidas. Donde sí está habiendo mayores diferencias no es en el objetivo final, sino en las maneras para afrontar esta situación.

Como afirma el profesor Ángel Rivero en su libro de Geografía del populismo, el populismo es una expresión del malestar con la democracia, generalmente a partir de un contexto de crisis: económica, cultural, política o social. Para ello, el populismo necesita permanentemente un enemigo sobre el que focalizar la culpa de los males de la sociedad y ser el causante de las crisis: los ricos, la casta, los inmigrantes, etc. Como parte de su discurso antipolítico,

ofrece soluciones simples a los problemas complejos de las sociedades modernas. En la actualidad, la imposibilidad de que “un virus chino” sea un enemigo político creíble para la mayor parte de la ciudadanía, provoca que su eficacia comunicativa habitual sea menor, y las personas prefieran otro tipo de liderazgos.

En este sentido, el ruido constante y los mensajes contraproducentes generados por líderes “carismáticos” como Trump o Bolsonaro han quedado silenciados por otro tipo de liderazgo más eficaz e inteligente como el de Angela Merkel, con palabras y respuestas bien recibidas por la mayoría de la población, como así muestra su subida de un 8% en la última encuesta realizada por Forsa en Alemania y que confirman la posición de dominio de la CDU (38% del total). Por el contrario, en los datos del partido Alternativa para Alemania (AfD, en sus siglas en alemán) se observa una caída de un 4-5% en los dos últimos meses (10% del total), debido a la incapacidad para ofrecer alguna propuesta de calado en la sociedad alemana. Esta desorientación de los partidos populistas no es exclusiva de Alemania. En el caso de Austria, el Partido de la Libertad de Austria (FPÖ) también cae un 3%, según los datos de Europe Elects. Una explicación a esta situación podría ser que, tanto en el caso de Austria como de Alemania, la crisis está siendo mucho menor en términos sanitarios que en otros países más afectados, como España o Italia. No obstante, el comportamiento de la Lega de Matteo Salvini o de Vox de Santiago Abascal, también muestra una caída en las encuestas de ambas fuerzas políticas —un 2,8% menos en el caso de la Lega y un 1,8% en el de Vox—.

Ante la posibilidad de elegir entre discursos más radicales o más moderados, estas sociedades están apostando por un rechazo de la radicalidad y por una mayor confianza en quienes, sin hacer tanto ruido, logran



Mañana en Cape Cod. Edward Hopper.

solucionar los problemas del presente a los que se deben enfrentar.

La crisis sanitaria creada por la expansión de la covid-19 obliga a los líderes políticos a adoptar medidas complejas y eficaces. En un primer lugar para salvar vidas y lograr el menor número de afectados posible, y posteriormente para reactivar la economía y tratar de tener una recuperación rápida y exitosa.

A pesar de todas las incertidumbres, si algo parece claro es que de esta crisis sanitaria los

Estados saldrán con un gran aumento de su deuda pública y, por tanto, con la necesidad de llevar a cabo una serie de recortes que tendrán un impacto en la sociedad. Será en este escenario más económico y de miedo donde sea más probable que los mensajes populistas vuelvan a tener una mayor acogida y puedan volver a encontrar un blanco a quien culpar de los males de nuestra sociedad democrática. O quizá de todo lo malo que nos ha traído la covid-19 hayamos aprendido alguna lección.

IMPERFECTA E IMPRESCINDIBLE

BELÉN BECERRIL

Profesora de la Universidad CEU San Pablo. Subdirectora del Instituto de Estudios Europeos del CEU.



Como era de esperar, la pandemia que sufrimos ha despertado, si cabe en mayor medida, las voces de los agoreros. Estas se unen a las muchas que desde los medios anglosajones señalan desde hace años el colapso de la Unión o el inminente final del euro. El proceso de integración no es irreversible, como bien ha puesto de manifiesto la retirada británica, pero, ¿tiene sentido, en nuestros días, plantear cada crisis en términos existenciales?

Creo que a menudo, tras el discurso apocalíptico, late la frustración causada por algunas expectativas infundadas.

En primer lugar, muchos esperan que la Unión resuelva con éxito los problemas planteados en ámbitos en los que carece de competencias. En salud pública, por ejemplo, las competencias quedan en manos de los Estados miembros. La Unión no puede sustituir la competencia nacional y toda armonización está expresamente prohibida por los Tratados. Sólo le queda la posibilidad de fomentar la cooperación entre los veintisiete gobiernos... algo difícil cuando deciden las autoridades nacionales y no hay posibilidad de adoptar decisión alguna por mayoría cualificada.

En las últimas semanas se ha hablado a menudo de una crisis existencial de la Unión Europea, poniéndose en duda incluso su propia supervivencia. Como es lógico, la crisis que vivimos no ha provocado el cuestionamiento existencial de China o de los Estados Unidos. Sin embargo, dicen algunos, la Unión no es una nación, es sólo un proyecto y, por lo tanto, se legitima por sus resultados. Pende siempre de un hilo.

En realidad, la crisis ha acompañado siempre la integración europea: el fracaso de la Comunidad de Defensa en sus primeros años, la quiebra del sistema de votación en los sesenta, el no danés al Tratado de Maastricht, el fracaso del Tratado Constitucional... La historia de la integración incluye, junto a sus logros extraordinarios, una larga sucesión de tropiezos, de proyectos frustrados, de desafíos. En los últimos años, la crisis económica y financiera y la de refugiados han ocupado un lugar muy destacado en esta larga lista de dificultades. También la retirada del Reino Unido, una crisis agónica, prolongada a lo largo de cuatro años.

En segundo lugar, muchos esperan de la Unión la plasmación perfecta de sus ideas políticas. Con frecuencia, las críticas a las políticas europeas vertidas desde la derecha o la izquierda parecen poner en duda la misma legitimidad de la Unión Europea. Para algunos conservadores y liberales esta sólo se concibe en tanto y en cuanto refuerce las libertades del mercado interior o exija a los Estados miembros políticas económicas ortodoxas. Para algunos socialdemócratas, en cambio, la Unión sólo se justifica en la medida en que desarrolle políticas de solidaridad y muestre flexibilidad hacia las políticas fiscales. Buen ejemplo de ello son las voces que desde de la izquierda española



La mujer frente al espejo. Pablo Picasso.

han sugerido, en las últimas semanas, que una Unión sin eurobonos es insolidaria e inútil.

La Unión Europea no es perfecta. No resolverá todos nuestros problemas, ni saldrá airosa de cada crisis, menos aún, cuando carezca de competencias. Tampoco será nunca la plasmación de nuestros ideales, ni nos libraré, afortunadamente, de la pluralidad que caracteriza al espacio político europeo. Siempre habrá tensiones entre sus Estados miembros. Siempre habrá que ajustar las claves del reparto competencial.

Pero, con todas sus limitaciones, la Unión Europea es un gran éxito colectivo del que podemos estar orgullosos. Como se ha dicho, un éxito inverosímil, a la luz del pasado europeo. Y también, un marco capaz de afrontar con éxito los retos que plantea la sociedad global de nuestro tiempo – las pandemias, las crisis financieras, el cambio climático, la transformación digital... -. Retos ante los que los Estados, en solitario, sólo pueden fracasar. Europa es imperfecta, pero también es imprescindible.

Tras setenta años de integración, la Unión es mucho más que un proyecto, es una

construcción sólida y madura, basada en una identidad cultural, latente bajo la rica diversidad europea, y en unos valores compartidos. Construida en torno a un gran espacio de libertad que llamamos mercado interior, con unas instituciones comunes y unas normas aceptadas por todos.

Por lo demás, el discurso apocalíptico a menudo nos oculta los pasos en la integración que acompañan a cada crisis. Llama la atención, por ejemplo, el silencio de los medios ante la propuesta de la Comisión de aumentar el presupuesto de la Unión hasta el dos por ciento del PIB, algo inconcebible hace tan sólo unas semanas. Parece mentira que, tanto tiempo después, las palabras de Jean Monnet sigan resultando tan certeras: "Siempre pensé que Europa se haría entre crisis y sería la suma de las soluciones que diéramos a estas crisis". Mientras, los agoreros anuncian el colapso de la Unión.

EL COMPÁS JONDO DE CADA DÍA

RICARDO FRANCO

Director de la Editorial Nuevo Inicio.



Al ver pasar un carro hacia la morgue reconoció una mano. Quizá de su hija. Quizá de su madre, o de su amada:

*"En er carro de los muertos,
ayer pasó por aquí,
yebaba la mano fuera...
por eya la conos!"*

Qué difícil es meter en la exigua horma de este artículo todas las palmas y silencios de nuestro cante. ¿Cómo voy a canalizar todo este torrente para que ustedes beban? Pero algo hay que decir; así que me arranco...

Podríamos aludir a un estrato popular como "verdad musicalizada de la experiencia", pero ciertamente, una descripción así no llevaría a nadie al Sacromonte o a un tablao de madrugada. Por eso, es mejor partir del contenido emotivo, humano, por tanto universal, del cante jondo.

Para ir haciendo boca, y polarizando al máximo el ejemplo, **imaginemos a un hombre que sufre ese escalofrío mortal que nos atraviesa a nosotros, sobre todo ahora. Pero su creatividad y su sensibilidad, en este contexto de fatiguita doble, sublimó el escalofrío en tercios y coplas acompasadas, aprendidas de otros, quién sabe cuándo.**

Esto es el Cante Jondo. Pellizco, picotazo, y gañafón de un drama incomprensible. De nuestro mismo drama por antonomasia. Un drama a compás de nudillo y palmas donde descargar el peso de la jornada o ensalzar un fugaz e inesperado gozo.

El cante es como un árbol del que cuelga la trágica seguiriya, la solemne Soleá y los Fandangos arracimados en centenares de Tarantas, Granaínas, y Malagueñas, pero su raíz nace de una herida sin anestesiar de sufrimiento y belleza indescriptible, excepto para el cantaor, que se convierte, de este modo, en voz rumiante y profética de nuestra experiencia humana.

Todavía cae la sombra sobre el origen y formación de nuestro arte. Ahí tienen trabajo de sobra filólogos y musicólogos. Sí podemos decir que el Mediterráneo esparció hasta nuestra costa el milenar canto de Tartessos, el lamento judío y el musulmán; cómo no, también el cristiano; incluso vinieron sonos del Nuevo Mundo para desembocar como riachuelos en el aljibe profundo de un hombre andaluz, que



Velatorio. José María López Mezquita.

recoge en su memoria todo ese flujo milenario.

Desde el romance de Castilla hasta el cancionero de Demófilo, padre de los Machado, la literatura cede, -o el Flamenco toma- un torrente de imágenes y contenido. También los cantaores, analfabetos de cuna, pero doctores de vivencias, crean infinitos tercios sobre el amor y los celos, la vida y la muerte, el vino y el hambre. Porque la creatividad no distingue clase social ni pajaritas blancas para ser culta.

No hay más que recordar a Manuel Santos Pastor "Agujetas", flamenco salvaje, paradigma gitano, desentendido de la servidumbre educativa y selectiva del payo, que abandona su fragua e inventa mil estrofas sembradas de

noche y paridas al alba de su memoria sin fondo, como si la ausencia de letras y números hubiera dejado el espacio necesario donde desbocar su poética rabia. Y yo me pregunto si eso no es cultura ¿No hacen lo mismo el compositor o el poeta? Entonces, ¿Por qué el Flamenco es mirado con desdén? ¿Quién decide la altura cultural de una expresión? ¿Quién sabe...?

El hecho es que el Flamenco ha sufrido dos grandes desprecios: El desprecio clasista de cierta intelectualidad que lo desterró al limbo de lo "folclórico", y la ignorancia supina de los españoles, acomplejados de sí mismos, y religiosamente entregados a colonizadores divertimentos

foráneos, "porque eso sí que es moderno..." Pero el Flamenco,-no lo olvidemos-, es la celebración poética y musical de la vida -sin censuras melindrosas- cuyo nacimiento no está en conservatorios o pentagramas, sino alrededor de las fogatas de las gañanías, los patios de vecinos, las fraguas, las barberías, los bares y burdeles con un mismo fuego: el fuego del hombre hecho Cante como profecía sedienta de otro mundo.

Su génesis está circunscrita a las familias- sobre todo gitanas-, a los amigos, a las comidas y las cenas, a las tareas diarias que conforman lo humano, cuando el hombre no sufría la injerencia abusiva de la tecnología, y necesitaba encontrarse y divertirse con los otros. De hecho, y como muestra de este triste botón desgastado, ya no nacen artes como el nuestro: único y misterioso. Es más, casi parece que ya no nace nada realmente bello, desde que nos abrazamos a un eterno presente que desdeña la tradición, el encuentro fraterno y el pasado.

En cualquier caso, **el Flamenco no necesita defensa, porque se defiende solo. Le basta ser visto y escuchado,-en vivo a ser posible-, y dejarle respirar: que respire un poco en su silencio. Porque el Flamenco fetén, "el que sabe a sangre" en la boca de la Piriñaca -no el de radiofórmulas de hora punta-, es un acontecimiento de humanidad tal que la televisión o la radio no logran reproducir.**

Hace falta estar encima, escuchar el aliento cantaores y el golpe de los dedos en la guitarra, como llamadas en la puerta de una vida que no ha cumplido su palabra. Entonces sí comprenderemos aquel temblor remoto, primigenio y anterior a todo, incluso al dinero y al prejuicio, para ver la fragua, la mina, el corredorcarcelario, laflorsilvestre, losamores, el agua clara, el verde oliva de unos ojos que ronean, y los tragos de asombro que se vuelcan en las grietas de esta voz centenaria.

Quiero terminar recordando el eco jerezano de mi amigo José Duende, cantaores de las Cavas de mi Madrid calé, que en noches insomnes invocaba al espíritu melancólico de la Soleá para aligerar el peso de nuestra

penas entrelazadas "como la morera por los vallaos", y mi corazón entonces, soñaba en sueños un no sé qué de horizonte atardecido, donde liberarnos por fin del peso de las duquelas y sus bajonazos.

Por Undebé se lo pío... Acérquense al Flamenco. Háganse el favor. Háganme caso. Seguramente vibre en su alma algún compás perdido de ese Espíritu que sobrevolaba el primer amanecer del mundo, alumbrando un nuevo canto.

EL CONTRASTE DE LA PANDEMIA. RADIOGRAFÍA DEL MALESTAR.

ANTONIO GARCÍA MALDONADO

Consultor y ensayista.



Desde el inicio de la pandemia, junto al drama cotidiano de los muertos y el derrumbe económico, ha convivido otro fenómeno curioso: el de inquirir a expertos en distintos campos del saber y de distintos sectores «cómo será el mundo tras la Covid-19».

Nuestros medios y redes sociales se llenaron desde el comienzo de vaticinios, afirmaciones, predicciones y opiniones sobre cómo luciría el mundo tras superar el trauma del coronavirus. Y no era tanto un exceso de oferta como una hipertrofia de la demanda de respuestas: casi todos los que opinan lo hacen porque se les pregunta. Algo lógico, porque el ser humano necesita certidumbre –por más que el mundo económico y laboral, entre otros, se basen en gran medida en lo contrario, y de ahí bastantes de nuestros males colectivos–. Decía Cicerón que «la seguridad de la gente es la Ley Suprema», y en base a ella buscamos coordenadas básicas para manejarnos en este interregno doloroso.

Sin embargo, nadie sabe nada. No hay ningún arcano que ningún Oráculo pueda desentrañar

para nosotros consultando ni las tripas de un ave ni recurriendo al Big Data. Porque no puede haberlo, o mejor, porque no debe haberlo. Asumir que podemos saber cómo serán las ciudades, o los empleos, o las casas, o las familias del futuro inmediato, es tanto como aceptar que nuestro papel en dicho futuro es nulo, en la medida en que si se puede anticipar es porque está prefijado. Sin duda hay tendencias de fondo, muchas de las cuales se venían observando antes de la pandemia, que nos ponen tras pistas sólidas en cuanto al funcionamiento de nuestra sociedad y de sus instituciones formales e informales. Pero de ahí a establecer escenarios tan definidos y cerrados, media un buen trecho que deberíamos –ciudadanos y expertos de todo tipo– tomar con cautela.

Sin embargo, esta profusión de vaticinios, así como la demanda que la provoca, nos muestra algo importante. El coronavirus ha funcionado como una suerte de solución de contraste, como esos brebajes utilizados en medicina para ver mejor el interior de un cuerpo que quizá necesite tratamiento o cirugía. Cada pregunta y sus respuestas nos enseñaban, más que un vaticinio sobre el futuro, una clara insatisfacción con determinados aspectos del presente y del pasado reciente. Síntomas no tanto de cómo creemos que deben ser nuestras sociedades, sino un hartazgo claro ante algunas de sus realidades actuales. De ahí que sea lícito ver en este exceso de vaticinios el síntoma positivo de una mínima esperanza de que las cosas deben cambiar –por más camufladas que estén las afirmaciones en un vano cambiar–, y no el cinismo desencantado tan habitual en otros momentos.

Cuando se vaticina un nuevo impulso a las relaciones afectivas con amigos y familia, emerge la soledad presente. Cada vez que se prevé un futuro de ciudades más cohesionadas, verdes y mejor conectadas, asoma detrás el hartazgo por la insalubridad de unas urbes

contaminadas e incómodas para vivir, no digamos para criar una familia. De la misma forma que cada vez que se augura el impulso definitivo a flexibilidad del teletrabajo, lo que destaca de fondo es el empacho de los atascos, la sensación de derroche vital al llegar a casa a deshoras con demasiada frecuencia. Si creemos que las democracias serán más consociales y los líderes más dialogantes no es tanto porque ningún elemento nos lo haga creer así –las opiniones divergen aquí mucho–, como por el cansancio lógico ante una polarización exagerada, agobiantes y desbordada. O si creemos que los ciudadanos aumentarán su consumo de prensa seria y rechazarán los bulos se debe más a nuestro deseo de cambiar el ambiente de una conversación pública imposible que porque los datos objetivos nos indiquen que vaya a ser así. Como le gusta decir a Manuel Arias, «toda predicción se sostiene secretamente en el deseo».

Uno de los vaticinios más significativos ha sido el de que muchos trabajos poco o mal considerados hasta ahora tendrán más reconocimiento material y simbólico en el futuro. Dado que entre quienes más nos han ayudado a sortear el confinamiento han estado cajeras, repartidores, riders, camioneros o kiosqueros, es lógico pensar que así será, al menos por un tiempo. Pero no deja de ser, también, una denuncia de un presente y un pasado reciente realmente cruel a este respecto. Décadas en las que se desplegó un lenguaje excluyente y darwinista social respecto al valor de determinados empleos y sectores –y regiones e incluso países– que no podía terminar bien. En nombre de la innovación y la competitividad –objetivos loables, en principio– se ha despreciado a mucha gente tratada sólo en base a sus habilidades –o skills, en la jerga–, sin más consideración ni a su dignidad, ni a su papel en el mundo, ni a sus necesidades más elementales, entre las que están un salario suficiente, pero no sólo eso.

Todo este debate se ha resumido en la pregunta dicotómica de si de esta pandemia saldremos siendo «mejores o peores». El hecho de que preguntemos y vaticinemos transformaciones positivas implica que esperamos algo digno del futuro, y eso ya es significativo respecto al pasado inmediato. Por eso, la solución de contraste de la pandemia ha revelado las múltiples caras del malestar, pero también



Tormenta en el mar. Ivan Aivazovsky

ha mostrado que seguimos atesorando expectativas y esperanzas. Como si el médico que nos analizara hubiera encontrado múltiples patologías, pero también una fortaleza inesperada en nuestro sistema inmune capaz de doblegarlas pese a que el primer diagnóstico apresurado nos daba por perdidos. No es poco.

CUIDADOS CON CUIDADO

JUAN CARLOS RODRÍGUEZ

Investigador de Analistas Socio-Políticos, Gabinete de Estudios.



Podemos entender y caracterizar las sociedades humanas de múltiples maneras, fijándonos en cómo se gobiernan (y hablamos, por ejemplo, de regímenes autoritarios o de democracias), en el orden económico predominante (hoy, en la gran mayoría de los casos, la economía de mercado, con matices más o menos importantes aquí o allá), en el sector económico más característico (sociedades preindustriales, industriales, postindustriales), en sus rasgos culturales (sociedades más o menos tradicionales, más o menos religiosas), en el tamaño o tipo de sus Estados de bienestar (socialdemócratas, liberales, continentales, mediterráneos...), por citar solo algunos de los criterios al uso.

Una caracterización algo distinta es cada vez más corriente, al menos en el mundo académico, en Sociología, en particular. Se trata de ver nuestras sociedades actuales, y las sociedades humanas en general, como sistemas de cuidados mutuos. El énfasis, por tanto, no está ni en el modo de gobierno, ni en el orden económico o el sistema productivo, ni en lo cultural, ni en el tipo de

Estado de bienestar. Está en que, lo queramos o no, como sociedades, como grupos humanos amplios, para sobrevivir tenemos que cuidar a quienes lo necesitan, a los vulnerables, a los más débiles, a los menores, a los muy mayores, a los enfermos, a quienes requieren alguna ayuda por una discapacidad, etc. A todos, en definitiva, en un momento u otro de nuestras vidas.

Quienes proponen este enfoque intentan hacer visibles tareas y trabajos que no siempre se tienen en cuenta en la discusión pública ni mucho menos se recogen en las cuentas de la economía de mercado o en las cuentas públicas. Por ejemplo, los cuidados, tradicionalmente protagonizados por las mujeres, en el seno de las familias. Y una parte de esos autores, más bien autoras, ha insistido en que la lógica de esos cuidados no necesariamente puede reducirse a la lógica de los trabajos "fuera del hogar". Tienen un componente de emociones, de empatía, de preocupación, de interés intrínseco en y por quien recibe los cuidados no fácilmente reproducible si no se da una cierta cercanía personal entre el cuidador y receptor de los cuidados. Otros, claro, creen que sí pueden darse, al menos en parte, ese tipo de relaciones fuera de relaciones personales tan íntimas o cercanas como las familiares.

En las formulaciones más habituales, el cuidado al que se refieren esas teorías hay que entenderlo en un sentido amplio. Una definición de cierto curso es la de dos científicas sociales norteamericanas, Berenice Fisher y Joan Tronto, que ya cuenta con un par de décadas: "En el nivel más general, sugerimos que el cuidado puede entenderse como una actividad de la especie (humana) que incluye todo lo que hacemos para mantener, prolongar y reparar nuestro 'mundo', de tal modo que podemos vivir en él lo mejor posible. Este mundo incluye nuestros cuerpos, nuestras individualidades y nuestro entorno, todo lo cual aspiramos a entretejer en

una telaraña compleja, sustentadora de la vida".

Si aceptamos una definición así, es bastante obvio que los cuidados no se limitan solo a la crianza de los hijos, la atención y la cura de los enfermos, el acompañar a la gente mayor, las ayudas a la gente con discapacidad, el consejo a los amigos, las ayudas mutuas entre vecinos, o, no en último lugar, los cuidados mutuos en las parejas.

Incluyen, muy en primer lugar, cuestiones muy básicas, ligadas a la supervivencia y al mantenimiento de unos determinados niveles de vida, de bienestar material—que no suele ser solo material. Es decir, necesitamos producir y distribuir el conjunto de bienes y de servicios que constituyen la gran mayor parte de lo que incluimos en las cuentas económicas nacionales.

En los tiempos de la pandemia que afrontamos, los cuidados más directos son más obvios; el cuidado a los enfermos, en particular, y no en vano admiramos y reconocemos el trabajo de quienes lo están procurando, médicos, personal de enfermería, y el resto del personal sanitario.

Pero también saltan a la vista cuidados mutuos de los que somos menos conscientes, tales como las conductas orientadas a no contagiar con el nuevo coronavirus, en general a nadie, y menos todavía a quienes más pueden sufrir por ello, los mayores. Lo que nos recuerda que cuidar siempre implica procurar no dañar a los demás, ni siquiera involuntariamente.

En ese caso, cuidar no implica una relación directa, basada en el cariño, en la empatía cercana, en la consanguinidad, en la compasión por el débil o el vulnerable que tengo ahí delante, en el prójimo en el sentido más estricto de la palabra. Por el contrario, **cuidar implica una consideración muy racional, casi abstracta, planteada en términos de empatía no por los cercanos, sino por los lejanos, los compatriotas, por ejemplo. Cuidar implica una forma sui generis de acción colectiva, de coordinación en aras de un bien común esta vez bastante bien identificado.**

Siempre hay alguna emoción, alguna pasión que impulsa a cuidar a los demás, pero en este caso lo que prima es el razonamiento, un razonamiento casi matemático, el que

está detrás de los esfuerzos individuales y colectivos por reducir por debajo del 1 el que denominan número reproductivo básico, lo que significa evitar que la epidemia se extienda.

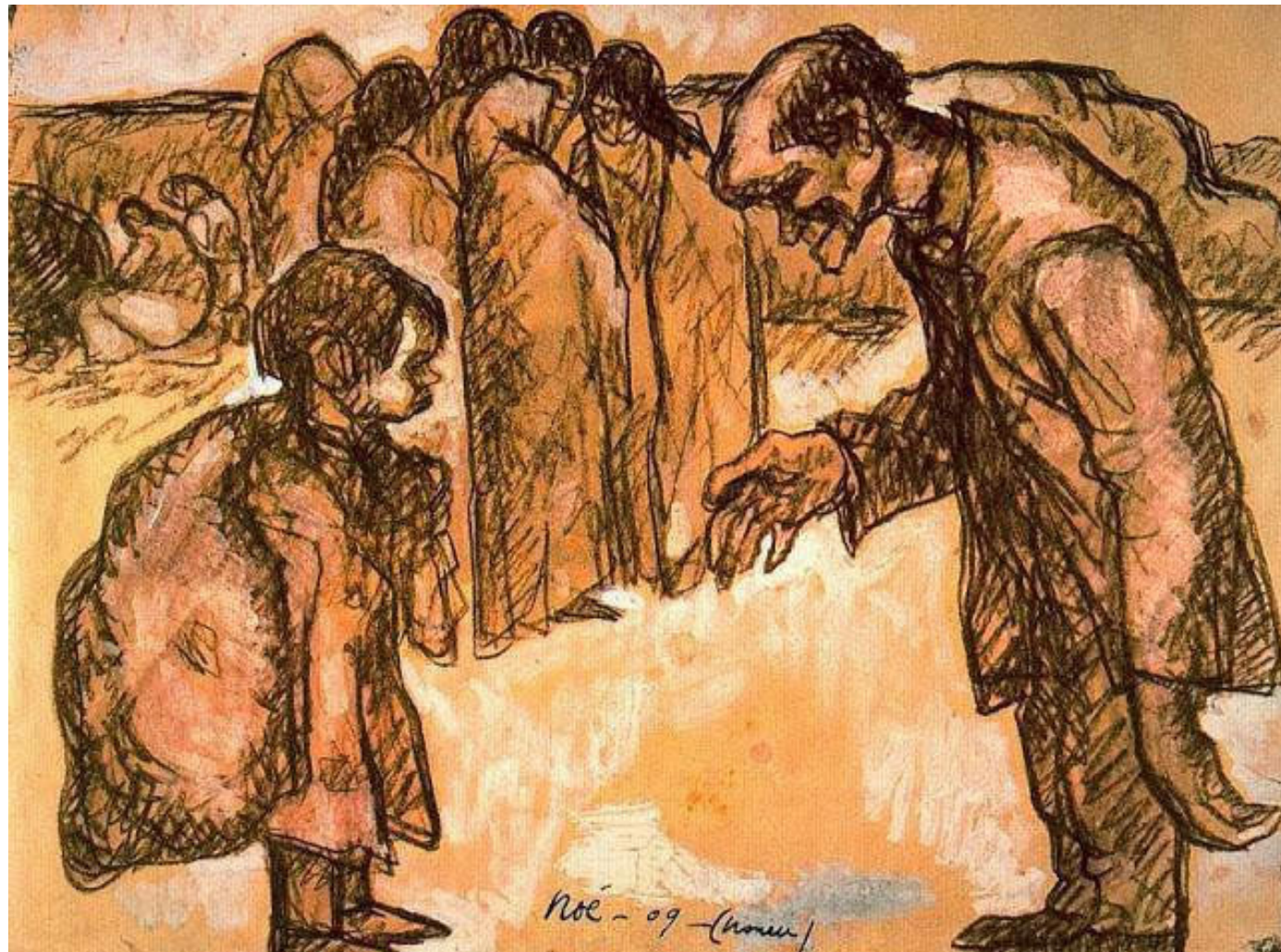
Durante varias semanas pudo ser menos obvio que cuidar también implica producir y distribuir bienes y servicios, ante la urgencia de reducir lo más posible el número de fallecidos. Pudo serlo, pero no dejó de serlo: los alimentos, los productos de limpieza, las medicinas, etc., tenían que seguir llegando a nuestros hogares.

El personal sanitario ha necesitado de múltiples recursos materiales para desempeñar su labor, y ha habido que acopiarlos a marchas forzadas, no siempre con éxito. Ahora, en un momento distinto de la epidemia, cuando nos proponemos ir recuperando una vida más o menos normal, es mucho más obvio que si la producción de bienes y servicios no se recupera en la medida suficiente, el resto de los cuidados también se resentirá, gravemente, comenzando por el cuidado de la salud. No se trata de lo uno o de lo otro, sino de la combinación apropiada de ambos.

Hace unos meses, en una reunión de gente cercana, preocupada por el futuro del país, justo antes del desencadenamiento de la epidemia, hablando de nuestro sistema de bienestar, proponía considerar una expresión: "nos cuidamos con cuidado". Es decir, organizamos un sistema de bienestar, con sus componentes público y privado, con el alcance adecuado, enfocado especialmente enfocado en los más vulnerables, los más necesitados de cuidados, pero lo hacemos con cuidado, es decir, con prudencia, con sensatez, por ejemplo, haciéndolo compatible con los niveles necesarios de crecimiento económico, entre otras cosas.

Cuando lo proponía estaba, sin ser consciente de ello, jugando con tres de las acepciones de la palabra "cuidar": la más inmediata, en aquel contexto, la de "asistir, guardar, conservar", pero también las de "poner diligencia, atención y solicitud en la ejecución de algo" y "discurrir, pensar". Lo que nos sabía entonces es que la palabra "cuidado" viene del latín "cogitatus", el participio de "cogitare", es decir, pensar, reflexionar.

Es lo que nos queda por delante en esta crisis sanitaria que ya es una gravísima crisis



Los gitanos. Isidro Nonell

económica: seguir participando en ese sistema de cuidados con los sentimientos apropiados, todos, comenzando por los gobernantes y acabando por el último adolescente que no sufrirá la enfermedad o la sufrirá sin darse cuenta, pero también, y sobre todo, con las dosis de reflexión, de inteligencia, de conocimiento apropiadas. No estoy seguro de

que hasta ahora hayamos contado con las suficientes, pero, desde luego, no tenemos más remedio que hacer acopio de ellas en las próximas semanas y en los próximos meses.

Transcripción de la intervención para el Club Tocqueville: «Juan Carlos Rodríguez / MIRADAS ANTE LA CRISIS DEL COVID-19»

ANTE LA CRISIS QUE VIENE, ACERTAR EN LAS REFORMAS NECESARIAS.

JOSEP M^A. CASTELLÀ ANDREU

Catedrático de Derecho Constitucional, Universidad de Barcelona. Presidente del Club Tocqueville.



Se ha dicho que las crisis revelan las fortalezas y debilidades de los comportamientos humanos, la sociedad, la política y las instituciones (Stéphane Velut). Es lo que hemos visto en los dos meses últimos con la crisis de la Covid-19 y la aplicación del Estado de alarma, ahora sometido al debate sobre una prórroga especialmente larga. También veremos si, tras la finalización de este período excepcional y cuando debamos afrontar una profunda crisis económica y social, primarán las fortalezas de las instituciones o las debilidades de ciertos comportamientos políticos.

Hasta ahora la prioridad ha sido hacer frente a la emergencia sanitaria. Para ello se decretó el Estado de alarma el 14 de marzo y se han aprobado las sucesivas prórrogas. El objetivo principal ha sido garantizar la salud pública y al mismo tiempo aligerar a trabajadores, familias y empresas de los gastos derivados del cierre de actividades durante la vigencia del Estado de alarma. Para ello se ha hecho un uso muy amplio de decretos leyes, que además se modifican entre sí.

Con la perspectiva de dos meses bajo el Estado de alarma, se pueden destacar algunos rasgos que han caracterizado su aplicación hasta hoy: 1) vivimos una restricción extrema de algunos derechos fundamentales, de los que el confinamiento es la expresión más evidente, y un enorme intervencionismo en la vida económica y social; 2) el protagonismo del gobierno central frente al Parlamento, apenas activo en su tarea de control, y frente a las Comunidades Autónomas, que han quedado relegadas a un rol ejecutivo de las decisiones gubernamentales sobre la pandemia; 3) las medidas gubernamentales se han adoptado unilateralmente, sin contar con la oposición ni los entes territoriales, cosa que ha empezado a cambiar con la última prórroga. El gobierno se ha parapetado tras unos "expertos" que han ido presentando a la opinión pública las medidas, seguramente consciente de que era lo más efectivo para convencerla de sus bondades, dado el descrédito de la capacidad de gestión de ciertos gobernantes; y 4) sobre todo al inicio, ha predominado un discurso de ensalzamiento de lo público contrapuesto a lo privado, presentado como única solución posible a la crisis. Sin embargo, este discurso ideológico choca con la realidad: la ineficacia manifiesta en la provisión de material sanitario o la falta de inspección en residencias de ancianos. Y contrasta también con el esfuerzo, las iniciativas y la eficacia de empresas, asociaciones y ciudadanos, además del trabajo abnegado y responsable de sanitarios, ejército y resto de servidores públicos.

Hemos visto como en esta crisis volvía a aflorar la nación como comunidad política de referencia principal para los ciudadanos, esto es, como espacioprincipal desolidaridadycuidadomutuos, frente a otras que pasaban a segundo plano: las comunidades autónomas o la Unión Europea.

El debate se ha centrado los últimos días en la necesidad de una quinta prórroga del Estado de alarma y su duración, que el gobierno pretendía



La caída de Ícaro. Marc Chagall

ampliar a 30 días de una tajada en lugar de los 15 de las prórrogas anteriores y que el acuerdo con Ciudadanos ha hecho rectificar. La ley orgánica no indica el plazo ni el alcance de la prórroga, que deberá acordar el Congreso en cada caso. Es verdad que en el precedente de 2010 la única prórroga concedida fue de 30 días, pero ahora se produciría tras cuatro prórrogas de 15, y ya en fase de "desescalada". Para valorar la adecuación constitucional de estas

nuevas prórrogas en este nuevo contexto, hay que razonar con los principios que se derivan de la legislación vigente y que guían también el derecho de emergencia en Derecho comparado. Las prórrogas al Estado de alarma han de ser excepcionales y por el tiempo indispensable, y adecuarse a los principios de necesidad y proporcionalidad, además de mantenerse el normal funcionamiento de los demás poderes. Lo único que parece que pretendía la

ampliación del plazo de la prórroga era evitar la incertidumbre de lograr una nueva autorización parlamentaria y soslayar el control del Congreso durante un periodo largo, lo cual choca con los criterios restrictivos del derecho de excepción.

Cuando pase el Estado de alarma, es de esperar que en pocas semanas, y con la vuelta al ejercicio normal de los derechos fundamentales, la vigilancia sanitaria seguirá. Pero se sumará otro tipo de actuación pública para hacer frente a la crisis económica y social. En este nuevo escenario sería pertinente aprender de la experiencia, detectar los déficits políticos y jurídicos habidos y tratar de superarlos. Dichos déficits en buena parte vienen de antes del Estado de alarma, pero ahora han emergido con toda su crudeza. Centrémonos en algunas consideraciones de orden político y constitucional.

En primer lugar, el protagonismo del gobierno seguirá, pero deberá ser compartido con las Cortes y con las Comunidades Autónomas, que recuperarán el pleno ejercicio de sus competencias. Al gobierno le corresponde aprobar decretos ley, instrumento normativo adecuado para afrontar crisis graves, pero para su convalidación debe intervenir el Congreso. Además, hay que aprobar la ley de presupuestos y ciertas reformas normativas necesarias. Ahora bien, no se trata de un "programa de reconstrucción", como el que siguió a la Guerra civil americana o a la II guerra mundial, ni tampoco la refundación constitucional. Esta no es necesaria para hacer frente a la situación, sino que responde más bien a una agenda ideológica de aprovechamiento de la crisis para cambiar el sistema constitucional.

En cambio, hay reformas a considerar, como por ejemplo las siguientes: por un lado, se ha visto como el Ministerio de Sanidad apenas cuenta con personal, medios y estructuras suficientes para liderar la lucha contra la emergencia sanitaria. Ello debería llevar a replantear el reparto competencial en esta materia para ser más ágil la intervención en el futuro, o al menos institucionalizar mejor la coordinación y la cooperación interterritoriales. Por otro lado, en la anterior crisis quedaron pendientes las reformas de las administraciones públicas de forma más acorde a las necesidades de la sociedad, así como reformas en educación y universidades,

que permitan preparar mejor a los jóvenes.

El rol de la Unión Europea será fundamental. Es una red de seguridad (límite y garantía) frente a tendencias populistas y neautoritarias que erosionan la democracia. Esto sucede cuando se prescinde de la dimensión constitucional y pluralista de la democracia y se abusa del poder. Por ello, es tan necesaria una opinión pública libre y verdaderamente independiente del poder y unos controles políticos y judiciales efectivos (la suspensión de plazos procesales y administrativos, pasadas las primeras semanas, ahora se hace difícil de explicar y no se corresponde con la no interrupción del funcionamiento normal de los poderes constitucionales, art. 116.5 CE).

Para aprobar las reformas necesarias y para negociar con las instituciones europeas son convenientes amplios pactos políticos, que aparquen la polarización y la desconfianza entre actores políticos y que antepongan el bien común a las estrategias cortoplacistas y electoralistas. Mucho nos tememos que quedará en desideratum, porque no es fácil que una crisis como esta cambie los comportamientos políticos que se han ido asentando desde hace tiempo. Pero como ciudadanos podemos y debemos exigirlo.

ENTRE EL DESEO PERSONAL Y LA REALIDAD DEL PODER: POPULISMO Y COVID-19

JUAN PABLO SERRÁ

Profesor de Humanidades y Política en la Universidad Francisco de Vitoria y la Escuela de Liderazgo Universitario.



Como una suerte de flujo y reflujo, durante estos meses de confinamiento se han sucedido tanto los pronósticos de los intelectuales acerca del mundo posterior a la pandemia como la crítica subsiguiente que señala las carencias de sus augurios. Es normal, se dice, que abunden las predicciones en tiempo de crisis. Creer, sin embargo, que alguien puede saber cómo serán las ciudades, los empleos, la educación o las relaciones humanas del futuro más inmediato es no entender la naturaleza de un vaticinio, que se basa en aislar algún factor de la totalidad de la situación y dejar en la oscuridad el resto.

¿Con qué criterio? A veces —como Fukuyama o Harari—, asumiendo que la crisis traerá algunos cambios pero no modificará las tendencias que ya había antes. Otras veces —como con Zizek, Agamben o John Gray—, enfatizando que la novedad será la nueva norma. Es cuando ponemos a “dialogar” estas proyecciones que advertimos el modo en que adaptan la observación del presente a la teoría previa o, en feliz expresión de Arias Maldonado, que “toda

predicción se sostiene secretamente en el deseo”.

Algo de este cariz me ha parecido que subyace en los análisis de periodistas, especialistas y observadores que se han asomado al desempeño de los gobiernos populistas en relación al COVID-19. **La crisis de la democracia asociada al resurgir del populismo ya era, antes de la llegada del virus, uno de los grandes temas de nuestro tiempo.** De esta guisa, a la hora de analizar la reacción y las medidas adoptadas por los distintos líderes populistas a lo largo y ancho del globo, si algo sale a la luz es, justamente, la idea previa de sus autores tanto respecto al populismo —su origen, alcance y previsible deriva— como sus deseos secretos acerca del tipo de democracia que entienden valiosa.

El problema es que la teoría no termina de explicar in toto las acciones de los populistas en estos meses. La discusión académica señala la ambivalencia del populismo, pero, más o menos, coincide en señalar que el populismo es un estilo de hacer política y una ideología delgada (Cas Mudde) de crítica de la democracia en nombre de la democracia que considera a la sociedad dividida básicamente en dos campos homogéneos y antagónicos, el pueblo (puro) frente a la élite (corrupta) y que sostiene que la política debe ser la expresión directa de la voluntad general del pueblo.

¿Puede sobrevivir el populismo al COVID-19?, se preguntaban en un reciente paper de Relaciones Internacionales y en varios artículos de medios extranjeros. La intuición de muchos, también en España, es que los gobiernos populistas son malos gestionando un problema de esta envergadura y, por tanto, que la epidemia pasará una factura política a la sociedad y al populismo. La realidad, no obstante, no coincide del todo con estos deseos, pues la pandemia ha forzado a más de uno a abandonar el estilo y retórica populistas y adoptar, a



Chess. Dimitra Papageorgiou, 2015

cambio, un perfil más político y estadista.

Es cierto que, al inicio de la crisis, Erdoğan en Turquía, López Obrador en México, Bolsonaro en Brasil o Putin en Rusia desoyeron las advertencias de los expertos de la OMS y evitaron las restricciones de movimientos y las medidas de distanciamiento social. Pero también lo es que al poco tiempo, y aún sin decretar el encierro total, Turquía respondió con agilidad y aumentando el número de tests; que el incremento de muertos modificó la inicial pasividad de Donald Trump y le llevó a declarar la emergencia nacional y el cierre de fronteras (aunque posteriormente volviera a las andadas y anunciara la suspensión de la contribución estadounidense a la OMS); y que la magnitud de la amenaza “redimió” momentáneamente a Boris Johnson, que se puso en manos de sus asesores científicos y decretó un estricto confinamiento.

Otros líderes populistas, en cambio, aprovecharon la coyuntura para concentrar poderes, reprimir libertades e imponer penas de cárcel para quienes difundieran información alarmista, como Viktor Orbán en Hungría o Rodrigo Duterte en Filipinas, que enarbolaría la ley marcial mientras perseguía a opositores y activistas. La pandemia, en fin, ha dado cobertura para recuperar medidas severas ejecutadas por la policía o el ejército como toques de queda, porras y gas lacrimógeno en Kenia, Sudáfrica o la India. Y, a la vista del éxito en la contención de la enfermedad en países asiáticos (Corea del Sur, Taiwán, Singapur), se ha llegado a cuestionar la reticencia de las democracias occidentales a la hora de monitorizar a

sus ciudadanos, sobre todo cuando los gobiernos han podido restringir movimientos, intervenir empresas, cerrar colegios, negocios y tráfico aéreo sin apenas protesta.

Ahora bien, ¿es la reaparición del músculo del poder algo específico del populismo? En absoluto. El empleo de la fuerza, los decretos, la ausencia de debate parlamentario o incluso la llamada a gobiernos de concentración no son definitorios del populista. En cierto sentido, escribe David Runciman, pertenecen a “la esencia de la política”, que consiste en que “algunas personas dicen a otras qué deben hacer”. En una emergencia de las características que estamos viviendo, las democracias no son tan distintas de otros regímenes en su voluntad de poder y orden.

Teóricos como Jan-Werner Müller identifican este resurgir de la política en toda su crudeza con un primado de lo político del que sería razonable prevenirse. Confunde, creo, lo político con la forma del Estado totalitario, que es, a decir del jurista de Estado Javier Conde, una forma política en la que todo es político y una organización determinada por la posibilidad de la guerra total. Sin embargo, que la crisis revele el modo en que lo político sobresale por encima de la economía no significa que todas las decisiones de los políticos sean las mejores ni las más aceptables. Pero sí nos recuerda que, en el núcleo de toda política, hay una arbitrariedad inevitable. **La falta de conocimiento que rodea al COVID-19 hace evidente que no hay respuestas “fijas” ni absolutamente mejores con que guiar su prevención y gestión política.** Por eso, añadía Runciman, no es irrelevante cómo sea el gobierno de tu nación: “a pesar de que la pandemia es un fenómeno global, y se

experimenta de modo similar en muchos lugares distintos, el impacto de la enfermedad está en gran medida determinado por las decisiones que toman los gobiernos particulares". A las democracias les cuesta tomar decisiones difíciles y prefieren dar largas a los asuntos pero, cuando no queda otra, se adaptan, resisten y conviven bien con los riesgos. El autoritarismo chino también dilata el momento de pasar la acción, pero llega mucho más lejos en sus confinamientos y otras medidas de prevención en tanto prima los resultados inmediatos.

Puede que sea insensato anunciar lo que ocurrirá con el populismo de aquí en adelante. Lo que, quizá, podamos asegurar es que **la presente crisis premiará a aquellos que hayan sido auténticos políticos, esto es, a aquellos que, reconociendo la necesidad humana del poder, lo ejerzan como servicio, como responsabilidad personal y, sobre todo, con humildad y conciencia de la limitación propia de todo ser humano.** Si hacemos caso a Romano Guardini —que es quien me inspira estas ideas sobre el poder—, no sería descabellado pensar que **los políticos que admitan errores fortalecerán su poder.** He ahí una sugerencia —y, sí, un deseo— para futuros acontecimientos.

LA DERECHA ESTANCADA

ARMANDO ZEROLO DURÁN

Profesor de Filosofía Política y del Derecho USP-CEU. Presidente de Fundación Conversación.



La derecha española vive estancada en 2004 porque el "zapaterismo" sigue operando en ella como idea fuerza en, al menos, dos sentidos. En uno, porque es un recurso fácil para explicar el malestar y actúa como chivo expiatorio y como argumento útil. En el otro, porque el "zapaterismo" fue para muchos el momento glorioso de la sociedad civil de derechas. Por primera vez desde hacía mucho tiempo fue la derecha la que ocupó las calles, la que se vio con capacidad de convocar, de actuar y de combatir, y se sintió protagonista en la historia.

¿Qué le robó el zapaterismo a la derecha y qué ha quedado de aquella época de oposición social triunfante?

El zapaterismo fue la época de las reivindicaciones de derechos, de la memoria histórica y un paso más hacia una revolución social. Fue una bofetada en la cara a la sociedad conservadora española y la instauración de un estilo político reivindicativo y combativo que nos devolvió a tiempos pasados de ingrato recuerdo.

Abrió heridas que aun estaban cerrándose y aceleró el ritmo de los acontecimientos, poniendo la política a la vanguardia de la sociedad según el estilo de una tradición de izquierdas más dirigista y moralizante.

Aquí, exactamente aquí, se ha detenido el análisis histórico de la derecha, y aquí sigue anclado. El argumento es simple: "todo estaba en orden hasta que llegó el zapaterismo, luego lo que hay que hacer es volver atrás". Formalmente este es el argumento de todo pensamiento reaccionario, el hilo dorado de la historia: hubo una época dorada y un suceso violento ha cortado el hilo que nos unía a él. Así sucedió con la Revolución Francesa, que es el hito histórico que hace nacer a conservadores y reaccionarios y, desde entonces, la derecha se mueve en ese difícil equilibrio entre conservar y reaccionar. 2004 es para la imaginación reaccionaria española lo que para Bonald o de Maistre fue 1789. Y de ahí el empeño de volver atrás, de hablar de un "frentepopulismo", de acusar a la izquierda de todos los males, y de no encontrar pie en el presente porque ha renunciado a cualquier diálogo con el futuro.

¿Cuál es esa "época dorada" que actúa como mito político en la mayoría de la derecha? Es la época de la caída del muro, 1989, el triunfo del neoliberalismo. Unos años de ilusión y prosperidad que en España coincidieron con la consolidación de la Transición, la decadencia del "felipismo" y la posibilidad de mirar hacia delante. Pero la derecha española no se ha parado a pensar que aquellas ideas aparentemente triunfantes no le eran propias y le quedaban como un traje mal cosido. El liberalismo que triunfa en los 90 es el par ideológico del socialismo soviético, la otra cara de una misma moneda. Tiene la misma raíz individualista y antipolítica que el comunismo, y si triunfó fue porque el comunismo colapsó, pero las grandes cuestiones sobre las



La Samaritana. Ramón Gaya.

libertades, la sociedad y la solidaridad quedaron sin responder, como así lo anticiparon autores como Oakeshott o Aron. La derecha sí debe, por tanto, volver a los 90, pero no para refrescarse en aquellas ideas, sino para ir hasta el fondo de un camino que se quedó sin recorrer. Respecto al segundo punto, al de la cuestión de la toma de las calles a partir 2004 y el resurgir de la sociedad civil española de derechas, ¿qué ha quedado? Ha quedado una cultura política reaccionaria y combativa, grupúsculos sociales desintegrados e inconexos, familias políticas mal avenidas y una iniciativa social secuestrada por unos pocos grupos ultraconservadores que son los únicos que mantienen una mínima capacidad de movilización.

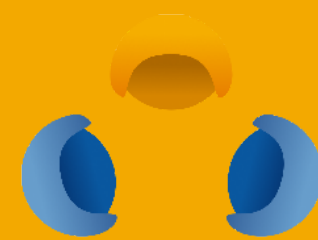
Si el gran valor de la sociedad española era la fortaleza de emprender acciones asociativas de modo espontáneo, con un sano escepticismo metafísico hacia el poder, y una alegría vital y casi inconsciente por la vida en común, eso se perdió por una identificación de la calle con la bronca y la reivindicación. La España de las sillas en la calle pasó a ser la España de los balcones. De una cultura del encuentro y del espacio público se pasó a una cultura de la reivindicación y defensa de la privacidad. Los métodos de la batalla cultural que Europa experimentó tras la segunda Guerra Mundial, y que entendían que las ideas eran armas tanto o más eficaces que el plomo, no habían llegado a España, donde el mayo del 68 fue un fenómeno edulcorado y macarra que llevó el nombre de "Movida". Las ideas son el resultado de una conversación y la constatación de una verdad compartida, y no armas arrojadas contra el prójimo.

Todas aquellas manifestaciones, banderas

y consignas no han dejado en la derecha española ni unidad ni ilusión. Normalmente, cuando las personas actúan juntas, queda en ellas un vínculo especial y una unidad que tiene más valor incluso que la obra ejecutada. Pero cuando esta acción es dirigida desde arriba sin la participación consciente del de abajo, lo que queda es una impresión de gregarismo, de pérdida de identidad y sensación de manipulación y desconfianza. Así ha quedado la derecha española en lo social, reducida a rebaño inconexo cuya única unidad es la sensación de miedo.

Por suerte o por desgracia, la única ideología estructurada en torno a un partido, y con una masa social relevante, que incorpora en su discurso ideas de futuro, de unidad, de comunidad, solidaridad y que es capaz de proponer algo concreto para la vida en común es la socialista, que a lo largo de los últimos 20 años se ha ido renovando e incorporando nuevos retos.

La derecha española ha perdido el equilibrio con el presente y se ha convertido en una ideología reaccionaria que añora una edad dorada, que culpa al adversario de todos los males presentes, y que no es capaz de generar vínculos estables, creativos y propositivos en la sociedad que supuestamente defiende. No tiene capacidad de responder a las carencias de la ideología de izquierdas y por ello, ni se suma a lo razonable, ni corrige con eficiencia los errores. Esta vez el perro del hortelano no son "ellos", somos "nosotros".



Fundación
conversación

